¡Los toros buenos! Esta era la preocupación de Gallardo. Antes cifraba una de sus vanidades en no ocuparse de ellos, y jamás iba á verlos en la plaza antes de la corrida.

—Yo mato too lo que me echen—decía con arrogancia.

Y conocía por primera vez á los toros al verlos salir al redondel.

Ahora quería examinarlos de cerca, escogerlos, preparando el éxito con un estudio detenido de sus condiciones.

Habíase aclarado el tiempo, lucía el sol: al día siguiente iba á darse la segunda corrida.

Gallardo, por la tarde, se fué solo á la plaza. El circo de ladrillo rojo, con sus ventanales arábigos, destacábase aislado sobre un fondo de lomas verdeantes. En último término de este paisaje amplio y monótono, blanqueaba sobre el declive de una loma algo semejante á un rebaño lejano. Era un cementerio.

Al ver al torero en las inmediaciones de la plaza se aproximaron á él algunos individuos astrosos, parásitos del circo, vagabundos que dormían de limosna en las cuadras, sustentándose de la caridad de los aficionados y las sobras de los que comían en las tabernas inmediatas. Algunos de ellos habían llegado de Andalucía tras una conducción de toros, quedándose para siempre en los alrededores de la plaza.

Repartió Gallardo algunas monedas entre estos mendigos que le seguían gorra en mano, y entró en el circo por la puerta de Caballerizas.

En el corral vió un grupo de aficionados presenciando las pruebas de los picadores. *Potaje,* con grandes espuelas vaqueras, preparábase á montar empuñando una garrocha. Los encargados de las cuadras escoltaban al empresario de los caballos, hombre obeso, con gran fieltro andaluz, tardo en las palabras, y que respondía calmosamente á la atropellada é injuriosa charla de los picadores.

Los *monos sabios,* con los brazos arremangados, tiraban de los míseros jacos para que los probasen los jinetes. Llevaban varios días de montar y amaestrar á

estos caballos tristes, que aun guardaban en sus flancos las rojas huellas de los espuelazos. Los sacaban á trotar por los desmontes inmediatos á la plaza, haciéndoles adquirir una energía ficticia bajo el hierro de sus talones, obligándolos á dar vueltas para que se habituasen á la carrera en el redondel. Volvían á la plaza con los costados tintos en sangre, y antes de entrar en las caballerizas recibían el bautismo de unos cuantos cubos de agua. Junto al pilón inmediato á aquéllas, el agua encharcada entre los guijarros era de un rojo obscuro, como vino desparramado.

Iban saliendo casi á rastras de las cuadras los caballos destinados á la corrida del día siguiente para que los examinasen los picadores, dándolos por buenos.

Avanzaban los macilentos restos de la miseria caballar, delatando en su paso trémulo y sus ijares atormentados la vejez melancólica, las enfermedades y la ingratitud humana, olvidadiza del pasado. Había jacos de inaudita delgadez, esqueletos de agudas aristas salientes que parecían próximas á rasgar la envoltura de piel, de largos y flácidos pelos. Otros agitábanse arrogantes, piafando de energía, con las patas fuertes, el pelo reluciente, y el ojo vivo; animales de hermosa estampa que era incomprensible figurasen entre unos desechos destinados á la muerte: bestias magníficas que parecían recién desenganchadas de un carruaje de lujo. Estos eran los más temibles; caballos incurables atacados de vértigos y otros accidentes, que de pronto venían al suelo arrojando al jinete por las orejas. Y tras estos ejemplares de la miseria y la enfermedad, sonaban las tristes herraduras de los inválidos del trabajo, caballos de tahonas y de fábricas, machos de labranza, jacos de coche de alquiler, todos soñolientos por el hábito de arrastrar años y años el arado ó la carreta, parias infelices que iban á ser explotados hasta el último instante, dando diversión á los hombres con sus pataleos y saltos al sentir en el abdomen los cuernos del toro.

Era un desfile de ojos bondadosos, empañados y amarillentos; de pescuezos flácidos, á los cuales se agarraban sanguinarias las moscas, hinchadas y verdosas;

de caras huesudas, por cuyo pelaje trepaban insectos; de flancos anguiosos con mechones retorcidos, como si fuesen lanas; de pechos angostos, agitados por relinchos cavernosos; de patas débiles, que parecían próximas á troncharse á cada paso, cubiertas de largo pelo hasta los cascos, como si llevasen pantalones. Sus estómagos, poco habituados al pienso fuerte con que pretendían reanimar sus fuerzas, iban sembrando el pavimento de residuos humeantes y mal cocidos por una digestión anormal. Para montar esta miserable caballada, trémula de locura ó próxima á desplomarse de miseria, necesitábase tanto valor como para hacer frente al toro. Echábanle sobre los lomos la gran silla moruna de alto arzón y asiento amarillo, con estribos vaqueros, y había bestia que, al recibir este peso, estaba próxima á doblar las patas.

Potaje mostrábase altanero en sus discusiones con el empresario de caballos, hablando en nombre propio y en el de los camaradas, haciendo reir hasta á los *monos sabios* con sus gigantescas maldiciones. Que le dejasen á él los otros picadores entendérselas con los de las caballerizas. Nadie conocía mejor la manera de hacer marchar á estas gentes.

Avanzaba un criado hacia él, tirando de un jaco cabizbajo, con el pelo largo y el costillar en doloroso relieve.

—¿Qué traes ahí?—decía *Potaje* encarándose con el contratista—. Eso no e de resibo. Eso e una alimaña que no hay quien la monte. ¡Pa tu mare!...

El contratista, cachazudo, contestaba con grave calma. Si *Potaje* no se atrevía á montarlo, era porque los piqueros de ahora tenían miedo á todo. Con un caballo así, bueno y dócil, el señor *Calderón,* el *Trigo* ú otro jinete de los buenos tiempos, hubiese sido capaz de torear dos tardes seguidas sin dar una caída y sin que el animal recibiese un arañazo. ¡Pero ahora!... Ahora sólo había mucho miedo y muy poca vergüenza.

Se insultaban el picador y el contratista, con amistosa tranquilidad, como si entre ellos las mayores injurias perdiesen importancia por la fuerza de la costumbre.

—Tú lo que eres—contestaba *Potaje*—un frescales, má ladrón que José María el *Tempraniyo*. Anda y que suba en ese penco la pelá de tu agüela, que montaba en escoba toos los sábados al dar las doce.

Reían los presentes, y el contratista se limitaba á encoger los hombros.

—¿Pero qué tie este cabayo?—decía tranquilamente—. ¡Arrepárale, mala alma! Mejor es que otros que tien muermo, ó les dan vértigos, y que has sacao tú á la plaza apeándote por las orejas antes de que te arrimases al toro. Más sano es que una manzana. Como que ha estao veintiocho años en una fábrica de gaseosas, cumpliendo como una persona desente, sin que nadie le pusiera farta. ¡Y vienes tú ahora, voceras, á meterte con él, poniéndole peros y fartándole, como si fuese un mal cristiano!...

—¡Que no lo quiero, vaya!... ¡Que te quees con él!

El contratista se acercaba lentamente á *Potaje*, y con la tranquilidad de un hombre experto en estas transacciones le hablaba al oído. El picador, fingiendo enfado, acabó por acercarse al jaco. ¡Por él que no quedase! No quería que le tuviesen por hombre intratable, capaz de perjudicar á un camarada.

Poniendo un pie en el estribo dejó caer sobre el pobre jaco la pesadumbre de su cuerpo. Luego, colocándose la garrocha bajo el brazo, la apoyó en un gran poste empotrado en la pared, picando varias veces con gran esfuerzo, como si tuviera al extremo de la lanza un toro corpulento. El pobre jaco temblaba y doblaba las patas con estos encontronazos.

—No se regüelve mal—dijo *Potaje* con tono conciliador—. El penco es mejor que yo creía. Tie güena boca, güenas piernas... Te saliste con la tuya. Que lo aparten.

Y el picador se apeaba, dispuesto á aceptar todo lo que le presentase el contratista luego de su aparte misterioso.

Gallardo se separó del grupo de aficionados que presenciaban sonrientes esta operación. Un portero de la plaza iba con él hacia donde estaban los toros. Atravesó una puertecilla, saliendo á los corrales. Una valla de

mampostería que llegaba á la altura del cuello de un hombre limitaba el corral por tres de sus lados. Esta valla estaba afirmada por gruesos postes unidos al balconcillo superior. A trechos abríanse unas salidas tan angostas, que sólo podía pasar por ellas un hombre de lado. En el amplio corral había ocho toros, unos acostados sobre las patas, otros de pie y con la cabeza baja husmeando el montón de hierba que tenían delante.

El torero marchó á lo largo de estas galerías examinando á las reses. De vez en cuando salíase fuera de las vallas, asomando el cuerpo por las estrechas saeteras. Agitaba los brazos, dando alaridos salvajes de reto que sacaban á los toros de su inmovilidad. Unos saltaban nerviosos, acometiendo con la cabeza baja contra aquel hombre que venía á turbar la paz de su encierro. Otros se ponían firmes sobre las patas, aguardando con la cabeza alta y el gesto fosco á que el atrevido osase acercarse á ellos.

Gallardo, que volvía á ocultarse rápidamente tras las vallas, examinaba el aspecto y carácter de las fieras, sin llegar á decidir cuáles eran las dos que debía escoger.

El mayoral de la plaza estaba junto á él; un hombrón atlético, con polainas y espuelas, vestido de grueso paño y con sombrero de campo sostenido por un barboquejo. Apodábanle el *Lobato,* y era un rudo jinete que pasaba en pleno campo la mayor parte del año, entrando en Madrid como un salvaje, sin curiosidad por ver sus calles ni querer pasar más allá de los alrededores de la plaza.

Para él la capital de España era un circo con desmontes y terrenos yermos á su alrededor, y más allá un caserío misterioso que jamás había sentido deseos de conocer. El establecimiento más importante de Madrid era, según él, la taberna de *Gallina,* situada junto á la plaza, grato lugar de delicias, palacio encantador donde cenaba y comía á costa del empresario antes de volverse á la dehesa montado en su jaca, con la manta obscura en el borrén, las alforjas en la grupa y la pica al hombro. Entraba en la taberna gozándose en atemorizar

á los criados con sus amistosos saludos; terribles apretones que hacían crujir los huesos y arrancaban gritos de dolor. Sonreía satisfecho de su fuerza y de que le llamasen «bruto», y se sentaba ante la pitanza, un plato del tamaño de una palangana, lleno de carne y patatas, á más de un jarro de vino.

Guardaba los toros adquiridos por el empresario, unas veces en la dehesa de la Muñoza, otras, cuando el calor era excesivo, en las praderas de la sierra de Guadarrama. Los traía al encierro dos días antes de la corrida, á media noche, atravesando el arroyo Abroñigal, por las afueras de Madrid, con acompañamiento de jinetes y vaqueros. Desesperábase cuando el mal tiempo impedía la fiesta y el ganado quedaba en la plaza, no pudiendo volver él inmediatamente á las tranquilas soledades donde pastaban los otros toros.

Lento de palabra, torpe de pensamiento, este centauro, que olía á cuero y á pasto seco, expresábase con calor al hablar de su vida pastoril apacentando fieras. Parecíale estrecho el cielo de Madrid y con menos astros. Describía con un laconismo pintoresco las noches en la dehesa, con sus toros dormidos bajo la difusa luz de las estrellas y el denso silencio rasgado por los ruidos misteriosos de las espesuras. Las culebras del monte cantaban con una voz extraña en este silencio. Cantaban, sí señor. No había quien se lo discutiese al *Lobato:* lo había oído mil veces, y dudar de esto era llamarle embustero, exponiéndose á sentir el peso de sus manazas. Y así como cantaban los reptiles, hablaban los toros, sólo que él no había llegado á penetrar todos los misterios de su idioma. Eran á modo de cristianos, aunque andaban á cuatro patas y tenían cuernos. Había que verlos despertar, cuando surgía la aurora. Saltaban gozosos como niños; jugueteaban acometiéndose de mentirijillas y cruzando sus cuernos; intentaban montarse unos á otros, con una alegría ruidosa, como si saludasen la presencia del sol, que es la gloria de Dios. Luego hablaba de sus lentas excursiones por la sierra de Guadarrama, siguiendo el curso de los riachuelos que bajan de las cumbres la nieve líquida, de una transparencia

de cristal, alimento de los ríos; de los prados, con su hierba llena de florecillas; del aleteo de los pájaros que venían á posarse entre los cuernos de los toros adormecidos; de los lobos que aullaban durante la noche, siempre lejos, muy lejos, como asustados por la procesión de fieras que llegaban tras el cencerro de los cabestros á disputarles su parte de bravía soledad... ¡Que no le hablasen de Madrid, donde se ahoga la gente! El sólo encontraba aceptable en este bosque infinito de casas el vino de *Gallina* y sus sabrosos guisos.

Habló el *Lobato* al espada ayudándole con sus indicaciones á escoger las dos reses. El mayoral no mostraba asombro ni respeto ante estos hombres famosos, tan admirados por las gentes. El pastor de toros casi despreciaba al torero. ¡Matar á unos animales tan nobles, con toda clase de engaños! El valiente era él, que vivía entre ellos, pasando ante sus cuernos en la soledad, sin otra defensa que su brazo, y sin aplauso alguno.

Al salir Gallardo del corral, otro hombre se unió al grupo, saludando con gran respeto al maestro. Era un viejo, encargado de la limpieza de la plaza. Llevaba muchos años en este empleo y había conocido á todos los toreros famosos de su tiempo. Iba vestido pobremente, pero muchas veces lucía en sus dedos sortijas femeniles y para sonarse sacaba de las profundidades de su blusa un pañuelito de batista, pequeño, con ricas blondas y gran cifra, que aun exhalaba débil perfume.

Se encargaba durante la semana él solo de barrer el inmenso circo, graderíos y palcos, sin quejarse de lo abrumador de este trabajo. Cuando el empresario, descontento de él, quería castigarle, abría la puerta á la pillería que vagaba por los alrededores de la plaza, y el pobre hombre desesperábase y prometía enmienda, para que esta irrupción de extraños no se encargase de su trabajo.

Cuando más admitía como auxiliares á media docena de golfos, aprendices de torero, que le eran fieles á cambio de que en los días de fiesta les permitiese ver la corrida desde «el palco de los perros», una puerta con reja situada junto á los toriles, por donde se sacaba

á los lidiadores heridos. Los ayudantes de la limpieza, agarrados á los hierros, presenciaban la corrida, rebullendo y peleándose como monos en jaula para ocupar la primera fila.

El viejo los distribuía hábilmente durante la semana al proceder á la limpieza de la plaza. Los chicuelos trabajaban en los tendidos de sol, los del público sucio y pobre, que deja como rastro de su paso un estercolero de pieles de naranja, papeles y puntas de cigarro.

—¡Ojo con el tabaco!—ordenaba á su tropa—. El que se me quede una colilla de puro no ve el domingo la corrida.

Limpiaba pacientemente la sombra, como un buscador de tesoros, agachándose en el misterio de los palcos para guardar en sus bolsillos los hallazgos; abanicos de señora, sortijas, pañuelos de mano, monedas caídas, adornos de trajes femeniles, todo lo que dejaba tras su paso una invasión de catorce mil personas. Amontonaba los residuos de los fumadores, picando las colillas y vendiéndolas como tabaco desmenuzado luego de exponerlas al sol. Los hallazgos de valor eran para una prendera, que compraba estos despojos del público olvidadizo ó turbado por la emoción.

Gallardo contestó á los saludos melosos del viejo dándole un cigarro y se despidió del *Lobato*. Quedaba convenido con el mayoral que éste enchiqueraría para él los dos toros escogidos. Los otros espadas no protestarían. Eran muchachos de buena suerte, en plena audacia juvenil, que mataban lo que les ponían delante.

Al salir otra vez al patio, donde continuaba la prueba de caballos, Gallardo vió separarse del grupo de espectadores á un hombre alto, enjuto y de tez cobriza, vestido como un torero. Por debajo de su fieltro negro asomaban unos tufos de pelo entrecano, y en torno de la boca marcábanse algunas arrugas.

—*¡Pescadero!* ¿Cómo estás?—dijo Gallardo estrechando su diestra con sincera efusión.

Era un antiguo espada que había tenido en su juventud horas de gloria, pero de cuyo nombre se acordaban muy pocos. Otros matadores, llegando después, habían

obscurecido su pobre fama, y el *Pescadero,* luego de torear en América y sufrir varias cogidas, se había retirado con un pequeño capital de ahorros. Gallardo le sabía dueño de una taberna en las inmediaciones del circo, donde vegetaba lejos del trato de aficionados y toreros. No esperaba verle en la plaza, pero el *Pescadero* dijo con expresión melancólica:

—¿Qué quiés? La afisión. Vengo poco á las corrías, pero aun me tiran las cosas del oficio y paso como vecino á ve estas cosas. Ahora no soy más que tabernero.

Gallardo, contemplando su aspecto triste, recordaba al *Pescadero* que había conocido en su niñez, uno de los héroes más admirados por él, arrogante, favorecido por las mujeres, luciendo en la Campana, cuando iba á Sevilla, su calañés de terciopelo, la chaquetilla color de vino y la faja de seda multicolor, apoyado en un bastón de marfil con puño de oro. ¡Y así se vería él, vulgar y olvidado, si se retiraba del toreo!...

Hablaron largo rato de las cosas de su arte. El *Pescadero,* como todos los viejos amargados por la mala suerte, era pesimista. Se acabaron los buenos toreros. Ya no se veían gentes de corazón. Sólo mataban toros «de verdad» Gallardo y alguno que otro. Hasta las bestias parecían de menos poder. Y tras estas lamentaciones, insistió para que su amigo le acompañase á su casa. Ya que se habían encontrado y el matador no tenía que hacer, debía visitar su establecimiento.

Accedió Gallardo, y en una de las calles sin terminar, inmediatas á la plaza, entró en una taberna, igual á todas, con la fachada pintada de rojo, vidrieras con visillos del mismo color y un escaparate en el que se exhibían, sobre platos polvorientos, chuletas empanadas, pájaros fritos y frascos de hortalizas en vinagre. Dentro de la tienda, un mostrador de cinc, toneles y botellas, mesas redondas con taburetes de madera y en los muros numerosas estampas de colores representando toreros célebres y los lances más salientes de la lidia.

—Tomaremos unos *chatos* de Montilla—dijo el *Pescadero* llamando á un joven que estaba tras el mostrador y sonreía al ver á Gallardo.

Este se fijó en su cara y en una manga de su chaqueta, completamente vacía, que se arrollaba en el costado derecho.

—Yo creo que te conozco—dijo el matador.

—Ya lo creo que le conoces—interrumpió el *Pescadero*—. Es el *Pipi*.

El apodo hizo que Gallardo recordase inmediamente su historia. Un muchacho valeroso que clavaba magistralmente las banderillas, y al que también había bautizado un grupo de aficionados como «el torero del porvenir». Un día, en la plaza de Madrid, recibió una cornada en un brazo y habían tenido que amputárselo, quedando inútil para la lidia.

—Lo he recogío, Juan—continuó el *Pescadero*—. Yo no tengo familia: mi compañera se murió, y yo me hago la cuenta de que tengo un hijo... ¡Miserias! Pero si al hombre, ensima de sus desgracias, le quitas el güen corazón, ¿pa qué sirve?... No creas que estamos en la abundancia el *Pipi* y yo. Vivimos como poemos, pero lo que yo tenga es de él, y vamos tirando grasias á los antiguos amigos que arguna vez tienen de merienda ó á jugar un *mus*, y sobre too grasias á la escuela.

Gallardo sonrió. Había oído hablar de la escuela de tauromaquia establecida por el *Pescadero* cerca de su taberna.

—¡Qué quiés, hijo!—dijo éste como excusándose—. Hay que ayudarse, y la escuela consume más que toos los parroquianos de la taberna. Viene mu güena gente: señoritos que quien aprender pa lucirse en las becerrás; extranjeros que se entusiasman en las corrías y les entra la chiflaúra de hacerse toreros á la vejez. Ahora tengo uno dando lición. Viene todas las tardes. Vas á ve.

Y atravesando la calle, dirigiéronse á un solar cerrado por la alta valla. Sobre los tablones unidos que servían de puerta, destacábase un gran rótulo escrito con alquitrán: «Escuela de Tauromaquia.»

Entraron. Lo primero que llamó la atención de Gallardo fué el toro, un animal de madera y juncos, montado sobre ruedas, con cola de estopa, la cabeza de paja

trenzada, una placa de corcho en el lugar del cuello y un par de cuernos auténticos y enormes que infudían espanto á los alumnos.

Un mozo despechugado, con gorrilla y dos pinceles de pelo sobre las orejas, era el que comunicaba su inteligencia á la fiera, empujándola cuando los *estudiantes* se ponían enfrente con el capote en la mano.

En mitad del solar, un señor viejo y rechoncho, de ancha corpulencia, la tez arrebolada y el bigote blanco y recio, manteníase en mangas de camisa empuñando unas banderillas. Junto á la valla, recostada en una silla y apoyados los brazos en otra, había una señora casi de la misma edad y no menos voluminosa, con un sombrero cargado de flores. Su cara rubicunda, con manchas amarillas de salvado, ensanchébase de entusiasmo cada vez que su compañero ejecutaba una buena suerte. Agitábanse las rosas del sombrero y los falsos bucles de la cabellera, de un rubio escandaloso, con el impulso de sus risas. Aplaudía abriendo al mismo tiempo las piernas, que tiraban de la falda, dejando al descubierto una parte de sus abultados y marchitos encantos.

El *Pescadero,* desde la puerta, explicó á Gallardo el origen de estas gentes. Debían ser franceses ó de cualquier otro país: él no estaba cierto de quién era ni le importaba: un matrimonio que iba por el mundo y parecía haber vivido en todas partes. El había tenido mil oficios, á juzgar por sus relatos: minero en Africa, colono en lejanas islas, cazador de caballos con lazo en las soledades de América. Ahora quería torear para ganar dinero lo mismo que los españoles, y asistía todas las tardes á la escuela con la firme voluntad de un niño testarudo, pagando generosamente sus lecciones.

—Figúrate tú, ¡torero con esa facha!... ¡Y á los cincuenta años bien sonaos!

Al ver entrar á los dos hombres, el alumno bajó sus brazos armados de banderillas y la señora se arregló la falda y el florido sombrero. ¡Oh, *cher maître!...*

—Buenas tardes, *mosiú:* felices, *madame*—dijo el maestro llevándose la manos al sombrero—. A ve, *mosiú,*

cómo va esa lición. Ya sabe lo que le he dicho. Quieto en su terreno, cita usté ar bicho, le deja venír, y cuando lo tiene ar lao, quiebra usté y le pone los palos en el morrillo. Usté no tie que preocuparse de na: el toro lo hará too por usté. Atensión... ¿Estamos?

Apartándose el maestro se encaró con el terrible toro, ó más bien con el granuja que estaba detrás puestas las manos en el cuarto trasero para empujarle.

—¡Eeeeh!... ¡Entra, *Morito!*

Fué un berrido espantoso el del *Pescadero* para que entrase el toro, excitando con estos gritos y con furiosas patadas en la tierra sus entrañas de aire y de junco y su testuz de paja. Y *Morito* acometió como una fiera, con gran estrépito de ruedas, cabeceante á causa de las desigualdades del terreno, y llevando á la cola aquel paje que le empujaba para hacerle menos fatigoso el camino. Jamás toro de ganadería famosa pudo compararse en inteligencia con este *Morito,* bestia inmortal, banderilleada y estoqueada miles de veces, sin sufrir otras heridas que las insignificantes que le curaba el carpintero. Parecía tan sabio como los hombres. Al llegar junto al alumno, cambió de dirección para no tocarle con los cuernos, alejándose con los palos clavados en su cuello de corcho.

Una ovación saludó esta hazaña, quedando el banderillero firme en su sitio, arreglándose los tirantes del pantalón y los puños de la camisa. Su mujer, con la vehemencia del entusiasmo, se echó atrás, riendo al mismo tiempo que aplaudía, y otra vez la falda, á impulsos de ocultas exuberancias, volvió á dejar al descubierto los encantos inferiores.

—¡De maestro, *mosiú!*—gritó el *Pescadero*—. Ese par es de primera.

Y el extranjero, conmovido por el aplauso del profesor, respondió con modestia, golpeándose el pecho:

—Mí hay lo más importante. Corrasón, mocho corrasón.

Luego, para festejar su hazaña, se dirigió al paje de *Morito,* que parecía relamerse adivinando la orden. Que trajesen un frasco de vino. Tres había vacíos en el suelo,

cerca de la dama, cada vez más purpúrea y más movediza de ropas, acogiendo con grandes risotadas las hazañas toreras de su compañero.

Al saber que el que llegaba con el maestro era el famoso Gallardo y reconocer su rostro, tantas veces admirado por ella en periódicos y cajas de cerillas, la extranjera perdió el color y sus ojos se enternecieron. ¡Oh, *cher maître!*... Le sonreía, se frotaba contra él, deseando caer en sus brazos, con todo el peso de su voluminosa y flácida humanidad.

Chocaron los vasos del vino por la gloria del nuevo torero. Hasta *Morito* tomó parte en la fiesta, bebiendo en su nombre el granuja que le servía de aya.

—Ante de dos meses, *mosiú*—dijo el *Pescadero* con su gravedad andaluza—, está usté clavando banderillas en la plaza de Madrí como el mismísimo Dió, y se yeva usté toas las parmas, y too er dinero, y toas las mujeres... con premiso de su señora.

Y la señora, sin dejar de mirar á Gallardo con ojos tiernos, conmovíase de gozo, y una risa estrepitosa agitaba las ondas de grasa de su cuerpo.

Continuó su lección el extranjero, con una tenacidad de hombre enérgico. No había que desaprovechar el tiempo. Quería verse cuanto antes en la plaza de Madrid, conquistando todas aquellas cosas que le prometía el maestro. Su rubicunda compañera, viendo que los dos toreros se marchaban, volvió á sentarse, con el frasco de vino confiado á su custodia.

El *Pescadero* acompañó á Gallardo hasta el final de la calle.

—Adió, Juan—dijo con gravedad—. Puede que nos veamos mañana en la plaza... Ya ves en qué he venío á parar. Tener que comé de estos embustes y payasás.

Gallardo se alejó preocupado. ¡Ay! ¡Aquel hombre, que él había visto tirar el dinero en sus buenos tiempos con una arrogancia de príncipe, seguro de su porvenir!... Había perdido los ahorros en malas especulaciones. La vida del torero no era para aprender el manejo de una fortuna. ¿Y aun le proponían que se retirase de la profesión? Nunca. Había que arrimarse á los toros.

Durante toda la noche, este propósito pareció flotar sobre la laguna negra de su sueño. ¡Había que arrimarse! Y á la mañana siguiente, la resolución firmísima persistió en su pensamiento. Se arrimaría, asombrando al público con sus audacias.

Era tal su ánimo, que marchó á la plaza sin las inquietudes supersticiosas de otras veces. Sentía la certeza del triunfo; la corazonada de las tardes gloriosas.

La corrida fué accidentada desde su principio. El primer toro «salió pegando» con gran acometividad para las gentes de á caballo. En un instante echó al suelo á los tres picadores que le esperaban lanza en ristre, y de los jacos dos quedaron moribundos, arrojando por el perforado pecho chorros de sangre obscura. El otro corrió loco de dolor y de sorpresa de un lado á otro de la plaza, con el vientre abierto y la silla suelta, mostrando por entre los estribos sus entrañas azuladas y rojizas, semejantes á enormes embutidos. Arrastraban las tripas por el suelo, y al pisárselas él mismo con sus patas traseras, tiraba de ellas, desarrollándolas como una madeja confusa que se desenmaraña. El toro, atraído por esta carrera, marchó tras él, y metiendo la poderosa cabeza bajo su vientre, lo levantó en los cuernos, arrojándolo al suelo y ensañándose en su mísero armazón, quebrantado y agujereado. Al abandonarle la fiera, moribundo y pataleante, un *mono sabio* se aproximó para rematarlo, hundiéndole el hierro de la puntilla en lo alto del cráneo. El mísero jaco sintió una rabia de cordero en los estremecimientos de su agonía y mordió la mano del hombre. Este dió un grito, agitó la diestra ensangrentada y apretó el puñal, hasta que el caballo cesó de palatear, quedando con las estremidades rígidas. Otros empleados de la plaza corrían de un lado á otro con grandes espuertas de arena, arrojándola á montones sobre los charcos de sangre y los cadáveres de los caballos.

El público estaba de pie, gesticulante y vociferando. Sentíase entusiasmado por la fiereza de la bestia y protestaba de que en el redondel no quedase ni un picador, gritando á coro: «¡Caballos! ¡Caballos!»

Todos estaban convencidos de que iban á salir inmediatamente, pero les indignaba que transcurriesen unos minutos sin nuevas carnicerías. El toro permanecía aislado en el centro del redondel, soberbio y mugidor, levantando los cuernos sucios de sangre, ondeándole las cintas de la divisa sobre su cuello surcado de rasgones, azules y rojos. Salieron nuevos jinetes y otra vez se repitió el repugnante espectáculo. Apenas se aproximaba el picador con la garrocha por delante, ladeando el jaco para que el ojo vendado no le permitiese ver á la fiera, era instantáneo el choque y la caída. Rompíanse las picas con un chasquido de madera seca, saltaba el caballo enganchado en los poderosos cuernos, brotaban sangre, excrementos y piltrafas de este choque mortal, y rodaba por la arena el picador como un monigote de piernas amarillas, cubriéndole inmediatamente las capas de los peones.

Un caballo, al ser herido en el vientre, esparció en torno de él, vaciando sus entrañas, una lluvia nauseabunda de excremento verdoso, que vino á manchar los trajes de los toreros cercanos.

El público celebraba con risas y exclamaciones las ruidosas caídas de los jinetes. Sonaba la arena sordamente con el choque de los cuerpos rudos y sus piernas forradas de hierro. Unos caían de espaldas como talegos repletos, y su cabeza, al encontrar las tablas de la valla, producía un eco lúgubre.

—Ese no se levanta—gritaban en el público—. Debe tener abierto el melón.

Y sin embargo, se levantaba, extendía los brazos, rascábase el cráneo, recobraba el recio castoreño perdido en la caída, y volvía á montar en el mismo caballo, que los *monos sabios* incorporaban á fuerza de empellones y varazos. El vistoso jinete hacía trotar al jaco, que arrastraba por la arena sus entrañas, cada vez más largas y pesadas con la agitación del movimiento. El picador, sobre esta debilidad agónica, dirigíase al encuentro de la fiera.

—¡Vaya por ustés!—gritaba arrojando su sombrero á un grupo de amigos.

Y apenas se colocaba ante el toro clavándole su pica en el cuello, hombre y caballo iban por lo alto, partiéndose el grupo en dos piezas con la violencia del choque, y rodando cada una por su lado. Otras veces, antes de que acometiese el toro, los *monos sabios* y parte del público avisaban al jinete. «Apéate.» Pero antes de que pudiera hacerlo con la torpeza de sus piernas rígidas, el caballo se desplomaba, muerto instantáneamente, y el picador caía expelido por las orejas, chocando su testa sordamente contra la arena.

Los cuernos del toro no llegaban nunca á enganchar á los jinetes, pero ciertos picadores, al quedar en el suelo, permanecían exánimes, y un grupo de servidores de la plaza tenía que cargar con su cuerpo, llevándolo á la enfermería para que le curasen una fractura de hueso ó lo reanimaran de su conmoción, que tenía el aspecto de la muerte.

Gallardo, ansioso de atraerse la simpatía del público, iba de un lado á otro, y consiguió un gran aplauso tirando de la cola al toro para librar á un picador que estaba en el suelo próximo á ser enganchado.

Mientras banderilleaban, Gallardo, apoyado en la valla, paseaba su vista por los palcos. Debía estar en ellos doña Sol. Al fin la vió, pero sin mantilla blanca, sin nada que recordase á aquella señora de Sevilla semejante á una maja de Goya. Parecía, con su cabellera rubia y su sombrero original y elegante, una extranjera de las que contemplan por primera vez una corrida de toros. A su lado estaba el amigo, aquel hombre del que hablaba ella con cierta admiración y al que mostraba las cosas interesantes del país. ¡Ay, doña Sol! Pronto iba á ver quién era el buen mozo al que había abandonado. Tendría que aplaudirle en presencia del extranjero aborrecido; se entusiasmaría, aun contra su voluntad, arrastrada por el contagio del público.

Cuando llegó para Gallardo el momento de matar su toro, que era el segundo, el público le acogió benévolamente, como si olvidase su enfado de la corrida anterior. Las dos semanas de suspensión por la lluvia parecían haber infundido á la muchedumbre una gran

tolerancia. Deseaba encontrarlo todo bueno en una corrida tan esperada. Además, la bravura de los toros y la gran mortandad de caballos, había puesto al público de buen humor.

Marchó Gallardo hacia la fiera, descubierta la cabeza luego del brindis, con la muleta por delante y moviendo la espada como un bastón. Detrás de él, aunque á una distancia prudente, iban el *Nacional* y otro torero. Algunas voces protestaron desde el tendido. ¡Cuántos acólitos!... Parecían un clero parroquial marchando á un entierro.

—¡Fuera too er mundo!—gritó Gallardo.

Y los dos peones se detuvieron, porque lo decía de veras, con un acento que no daba lugar á dudas.

Siguió adelante hasta llegar cerca de la fiera, y allí desplegó la muleta, dando aún algunos pasos más como en sus buenos tiempos, hasta colocar el trapo junto al babeante hocico. Un pase, ¡olé!... Un murmullo de satisfacción corrió por los tendidos. El niño de Sevilla volvía por su nombre; tenía vergüenza torera. Iba á hacer alguna de las suyas, como en los mejores tiempos. Y sus pases de muleta fueron acompañados de ruidosas exclamaciones de entusiasmo, mientras en el graderío se reanimaban los partidarios, increpando á los enemigos. ¿Qué les parecía aquello? Gallardo se descuidaba algunas veces; lo reconocían... ¡pero la tarde que él quería!...

Aquella tarde era de las buenas. Cuando vió al toro con las patas inmóviles, el mismo público le impulsó con sus consejos. «¡Ahora! ¡Tírate!»

Y Gallardo se tiró contra la bestia con el estoque por delante, saliendo de la amenaza de los cuernos rápidamente.

Sonó un aplauso, pero fué muy breve, siguiéndole un murmullo amenazador, en el que se iniciaron estridentes silbidos. Los entusiastas dejaban de mirar al toro para volverse indignados contra el resto del público. ¡Qué injusticia! ¡Qué falta de conocimiento! Había entrado muy bien á matar...

Pero los enemigos señalaban al toro sin desistir de

sus protestas, y toda la plaza se unía á ellos con una explosión ensordecedora de silbidos.

La espada había penetrado torcida, atravesando al toro, y asomando su punta por uno de los costados, junto á una pata delantera.

Todos gesticulaban y braceaban con aspavientos de indignación. ¡Qué escándalo! ¡Aquello no lo hacía ni un mal novillero!...

El animal, con la empuñadura de la espada en el cuello y la punta asomando por el arranque de un brazo, empezó á cojear, agitando su enorme masa con el vaivén de un paso desigual. Esto pareció conmover á todos con generosa indignación. ¡Pobre toro! Tan bueno: tan noble... Algunos echaban el cuerpo adelante, rugiendo de furia, como si fuesen á arrojarse de cabeza en el redondel. ¡Ladrón! ¡Hijo de tal!... ¡Martirizar así á un bicho que valía más que él!... Y todos gritaban con vehemente ternura por el dolor de la bestia, como si no hubiesen pagado para presenciar su muerte.

Gallardo, estupefacto ante su obra, inclinaba la cabeza bajo el chaparrón de insultos y amenazas. «¡Mardita sea la suerte!»... Había entrado á matar lo mismo que en sus buenos tiempos, dominando la impresión nerviosa que le hacía volver la cara como si no pudiese soportar la vista de la fiera, que se le venía encima. Pero el deseo de evitar el peligro, de salirse cuanto antes de entre los cuernos, le había hecho rematar la suerte con aquella estocada torpe y escandalosa.

En los tendidos agitábase la gente con el hervor de numerosas disputas. «No lo entiende. Vuelve la cara. Está hecho un maleta.» Y los partidarios de Gallardo excusaban á su ídolo con no menos vehemencia. «Eso le ocurre á cualquiera. Es una desgracia. Lo importante es entrar á matar con guapeza, como él lo hace.»

El toro, después de correr cojeando con dolorosos vaivenes, que hacían bramar al gentío de indignación, quedó inmóvil, para no prolongar más su martirio.

Gallardo tomó otra espada y fué á colocarse ante él.

El público adivinó su trabajo. Iba á descabellar al toro: lo único que podía hacer después de su crimen.

Apoyó la punta del estoque entre los dos cuernos, mientras con la otra mano agitaba la muleta para que la bestia, atraída por el trapo, humillase la cabeza hasta el suelo. Apretó la espada, y el toro, al sentirse herido, agitó el testuz repeliendo el arma.

—¡Una!—gritó la muchedumbre con burlesca unanimidad.

Volvió el matador á repetir su juego, y otra vez clavó el estoque, haciendo estremecerse á la fiera.

—¡Dos!—cantaron en los tendidos burlescamente.

Repitió el intento de descabello, sin más resultado que un mugido de la fiera, dolorida por este martirio.

—¡Tres!...

Pero á este coro irónico de parte del público, uniéronse silbidos y gritos de protesta. ¿Pero cuándo iba á acabar aquel matador?...

Al fin acertó á tocar con la punta de su estoque el arranque de la médula espinal, centro de vida, y el toro cayó instantáneamente, quedando de lado y con las patas rígidas.

El espada se limpió el sudor y emprendió la vuelta hacia la presidencia con paso lento, respirando jadeante. Por fin veíase libre de aquel animal. Había creído no acabar nunca. El público le acogía á su paso con sarcasmos ó con un silencio desdeñoso. Nadie aplaudía. Saludó al presidente en medio de la indiferencia general y fué á refugiarse tras la barrera, como un escolar avergonzado de sus faltas. Mientras *Garabato* le ofrecía un vaso de agua, el matador miró á los palcos, encontrándose con los ojos de doña Sol, que le habían seguido hasta su retiro. ¡Qué pensaría de él aquella mujer! ¡Cómo reiría en compañía de su amigo, viéndole insultado por el público!... ¡Qué maldita idea la de aquella señora de venir á la corrida!...

Permaneció entre barreras, evitándose toda fatiga, hasta que soltasen el otro toro que había de matar. Le dolía la pierna herida por lo mucho que había corrido. Ya no era el mismo: lo reconocía. Resultaban inútiles sus arrogancias y su propósito de *arrimarse*. Ni sus piernas eran ligeras y seguras como en otros tiempos ni

su brazo derecho tenía aquella audacia que le hacía tenderse sin miedo, deseoso de llegar cuanto antes al cuello del toro. Ahora se encogía desobedeciendo su voluntad, con el instinto torpe de ciertos animales que se contraen y ocultan la cara, creyendo evitar de este modo el peligro.

Sus antiguas supersticiones aparecieron de pronto aterradoras y obsesionantes.

—Tengo mala pata—pensaba Gallardo—. Me da er corazón que el quinto toro me coge... ¡Me coge, no hay remedio!

Sin embargo, cuando salió á la plaza el quinto toro, lo primero que encontró fué el capote de Gallardo. ¡Qué animal! Parecía distinto al que él había escogido en los corrales la tarde anterior. Seguramente habían cambiado el orden en la suelta de los toros. El temor seguía cantando en los oídos del torero. «¡Mala pata!... Me coge; hoy salgo del reondel con los pies pa alante...»

A pesar de esto, siguió toreando á la fiera y apartándola de los picadores en peligro. Al principio sus lances pasaron en silencio. Luego el público, ablandándose, le aplaudió débilmente.

Cuando llegó el momento de la muerte y Gallardo se plantó ante la fiera, todos parecieron adivinar la ofuscación de su pensamiento. Movíase desconcertado; bastaba que el toro agitase su cabeza, para que tomando este gesto por un avance, echase los pies atrás, retrocediendo á grandes saltos, mientras el público saludaba estos conatos de fuga con un coro de burlas.

—¡Juy! ¡Juy!... ¡Que te coge!

De pronto, como si desease terminar de cualquier modo, se arrojó sobre la bestia con el estoque, pero oblicuamente, para salir cuanto antes del peligro. Una explosión de silbidos y voces. La espada sólo se había clavado unos centímetros, y después de cimbrearse en el cuello de la fiera, fué expelida por ésta á gran distancia.

Gallardo volvió á coger el estoque y se aproximó al toro. Fué á cuadrarse para entrar á matar y la fiera le acometió en el mismo instante. Quiso huir, pero sus

piernas ya no tenían la agilidad de otros tiempos. Fué alcanzado y rodó á impulsos del encontronazo. Acudieron en su auxilio, y Gallardo se levantó cubierto de tierra, con un gran rasguño en el dorso del calzón, por el que se escapaba la ropa blanca interior, una zapatilla menos y perdida la moña que adornaba su coleta.

Aquel mozo arrogante, que tanto había admirado al público con su elegancia, mostrábase lastimero y ridículo con su faldón al aire, descompuesto el pelo y la coleta caída y deshecha como un rabo triste.

Tendiéronse en torno de él misericordiosamente varios capotes, para ayudarle y protegerle. Hasta los otros espadas, con generoso compañerismo, le preparaban el toro para que acabase con él rápidamente. Pero Gallardo parecía ciego y sordo: sólo veía al animal para echarse atrás á la más leve de sus acometidas, como si el reciente revolcón le hubiese enloquecido de miedo. No entendía lo que le decían los camaradas, y con el rostro intensamente pálido, frunciendo las cejas como para concentrar su atención, balbuceaba sin saber lo que decía:

—¡Fuera too er mundo! ¡Ejarme solo!

Mientras tanto, en su pensamiento seguía cantando el terror. «¡Hoy mueres! Hoy es tu última cogida.»

El público adivinaba los pensamientos del espada en sus descompasados movimientos.

—¡Le tiene asco al toro! ¡Le ha tomao miedo!...

Y hasta los más fervorosos partidarios de Gallardo callaban avergonzados, no pudiendo explicarse este suceso nunca visto.

La gente parecía gozarse en su terror, con la valentía intransigente del que se halla en lugar seguro. Otros, pensando en su dinero, gritaban contra este hombre que se dejaba arrastrar del instinto de conservación, defraudándoles en su placer. ¡Un robo!

Gentes soeces insultaban al espada con palabras de duda sobre su sexo. El odio hacía emerger y flotar, al través de muchos años de admiración, ciertos recuerdos de la infancia del torero, olvidados hasta de él mismo. Hacían memoria de su vida nocturna con la pillería de

la Alameda de Hércules. Se reían de sus calzones rotos y de las blancas ropas que se escapaban por el rasgón!

—¡Que se te ve!—gritaban veces atipladas, con acento femenil.

Gallardo, protegido por las capas de los compañeros, aprovechaba todas las distracciones del toro para herirlo con su espada, sordo á la rechifla del público. Eran estocadas que apenas parecía sentir el animal. Su terror á ser cogido si alargaba el brazo, le hacía quedarse lejos, hiriéndolo solamente con la punta de la espada.

Unos estoques se desprendían apenas hundidos en la carne: otros quedaban fijos en el hueso, pero descubiertos en su mayor parte, cimbreándose con los movimientos de la fiera. Iba ésta con la cabeza baja, siguiendo el contorno de la valla, mugiendo como de fastidio por el tormento inútil. Seguíala el espada con la muleta en la mano, deseoso de acabar y temeroso de exponerse, y tras él toda la tropa de ayudantes moviendo sus capotes como si quisieran convencer al animal con el flameo de los trapos para que doblara las piernas y se acostase. El paso del toro por cerca de la barrera, con su hocico babeante y el cuello erizado de espadas, provocaba una explosión de burlas é insultos.

—¡Es la Dolorosa!—decían.

Otros comparaban al animal con un acerico lleno de alfileres. ¡Ladrón! ¡Mal torero!

Algunos, más soeces, persistían en sus injurias al sexo de Gallardo, cambiándole el nombre.

—¡Juanita! ¡No te pierdas!...

Había transcurrido mucho tiempo, y una parte del público, deseando descargar su furia contra alguien más que el torero, se volvió hacia el palco presidencial... «¡Señor presidente! ¿Hasta cuándo iba á durar este escándalo?...»

El presidente hizo un gesto que acalló las protestas y dió una orden. Se vió correr á un alguacilillo con su teja emplumada y el ferreruelo flotante, por detrás de la barrera, hasta llegar cerca de donde estaba el toro. Allí, dirigiéndose á Gallardo, avanzó una mano cerrada con el índice en alto. El público aplaudió. Era el primer

aviso. Si antes del tercero no había matado el toro, éste sería devuelto al corral, quedando el espada bajo el peso de la mayor deshonra.

Gallardo, como si despertase de su sonambulismo, aterrado por esta amenaza, puso horizontal el estoque y se arrojó sobre el toro. Una estocada más, que no penetró gran cosa en el cuerpo de la fiera.

El espada dejaba pender sus brazos con desaliento. ¡Pero aquel bicho era inmortal!... Las estocadas no le causaban mella. Parecía que no iba á caer nunca.

La inutilidad del último golpe enfureció al público. Todos se ponían de pie. Los silbidos eran ensordecedores, obligando á las mujeres á taparse los oídos. Muchos braceaban echando el cuerpo adelante como si quisieran arrojarse á la plaza. Caían en la arena naranjas, mendrugos de pan, cojines de asiento, como veloces proyectiles destinados al matador. De los tendidos de sol salían voces estentóreas, rugidos semejantes á los de una sirena de vapor, que parecía imposible fuesen producto de una garganta humana. Sonaba de vez en cuando un escandaloso cencerro con toques de rebato. Cerca de los toriles un nutrido coro entonaba el *gori gori* de los difuntos.

Muchos volvíanse hacia la presidencia. ¿Para cuándo el segundo aviso? Gallardo limpiábase el sudor con un pañuelo, mirando á todas partes como extrañado de la injusticia del público y haciendo responsable al toro de cuanto ocurría. En estos momentos se fijó en el palco de doña Sol. Esta volvía la espalda para no ver el redondel: tal vez le tenía lástima; tal vez estaba avergonzada de sus condescendencias en el pasado.

Otra vez se arrojó á matar y muy pocos pudieron ver lo que hacía, pues le ocultaban las capas abiertas incesantemente en torno de él... Cayó el toro, arrojando por la boca un caño de sangre.

¡Al fin!... El público se aquietó, cesando de manotear, pero continuaron los gritos y silbidos. El animal fué rematado por el puntillero, le arrancaron las espadas, quedó enganchado por el testuz al tiro de mulillas y lo sacaron á rastras del redondel, dejando una ancha

faja de tierra apisonada y regueros de sangre que los mozos borraron con golpes de rastrillo y espuertas de arena.

Gallardo se ocultó entre barreras, huyendo de la protesta injuriosa que levantaba su presencia. Allí permaneció cansado y jadeante, con una pierna dolorida, sintiendo en medio de su desaliento la satisfacción de verse libre de peligro. No había muerto en los cuernos de la fiera... pero lo debía á su prudencia. ¡Ah, el público! ¡Muchedumbre de asesinos que ansían la muerte de un hombre, como si sólo ellos amasen la vida y tuvieran una familia!...

La salida de la plaza fué triste, al través del gentío que ocupaba los alrededores del circo, de los carruajes y automóviles, de las largas filas de tranvías.

Rodaba el coche de Gallardo con lento paso para no atropellar á los grupos de espectadores que salían de la plaza. Estos se apartaban ante las mulas, pero al reconocer al espada parecían arrepentidos de su amabilidad.

Gallardo adivinaba en el movimiento de sus labios tremendas injurias. Pasaban junto al coche otros carruajes ocupados por hermosas mujeres con mantillas blancas. Unas volvían la cabeza como para no ver al torero: otras le miraban con ojos de desconsoladora conmiseración.

El espada achicábase como si quisiera pasar inadvertido: se ocultaba detrás de la corpulencia del *Nacional,* ceñudo y silencioso.

Un grupo de muchachos rompió á silbar siguiendo el carruaje. Muchos de los que estaban de pie en las aceras, les imitaron, creyendo vengarse así de su pobreza, que les había obligado á permanecer toda una tarde fuera de la plaza con la esperanza de ver algo. La noticia del fracaso de Gallardo había circulado entre ellos y le insultaban, contentos de humillar á un hombre que ganaba enormes riquezas.

Esta protesta sacó al espada de su resignado mutismo.

—¡Mardita sea!... ¿Pero por qué sirban?... ¿Han estao acaso en la corría?... ¿Les ha costao el dinero?...

Una piedra dió contra una rueda del coche. La pillería vociferaba junto al estribo, pero llegaron dos guardias á caballo y deshicieron la manifestación, escoltando después por todo lo alto de la calle de Alcalá al famoso Juan Gallardo... «el primer hombre del mundo».

X

Acababan las cuadrillas de salir al redondel cuando sonaron fuertes golpes en la puerta de Caballerizas.

Un empleado de la plaza se acercó á ella gritando con malhumor. No se entraba por allí: debían buscar otra puerta. Pero una voz le contestó desde fuera con insistencia, y abrió.

Entraron un hombre y una mujer; él con sombrero blanco cordobés, ella vestida de negro y con mantilla.

El hombre estrechó la mano del empleado, dejando dentro de ella algo que humanizó su fiero gesto.

—Me conoce usté, ¿verdad?—dijo el recienvenido—. ¿De vera que no me conose?... Soy el cuñao de Gallardo y esta señora es su esposa.

Carmen miraba á todos lados en el abandonado patio. A lo lejos, tras las recias paredes de ladrillo, sonaba la música y se percibía la respiración de la muchedumbre, cortada por gritos de entusiasmo y rumores de curiosidad. Las cuadrillas desfilaban ante el presidente.

—¿Dónde está?—preguntó ansiosa Carmen.

—¿Dónde ha de está, mujé?—repuso el cuñado con rudeza—. En la plasa, cumpliendo con su obligación... Es una locura haber venío; un disparate. ¡Este carácter tan flojo que tengo!

Carmen siguió mirando en torno de ella, pero con cierta indecisión, como arrepentida de haber llegado hasta allí. ¿Qué iba á hacer?...

El empleado, conmovido por el apretón de manos de Antonio y por el parentesco de aquellas dos personas con un matador de fama, mostrábase obsequioso. Si quería aguardar la señora á la terminación de la fiesta,

podía descansar en la casa del conserje. Si deseaba ver la corrida, él sabría colocarlos en un buen sitio aunque no llevasen billetes.

Carmen se estremeció con esta proposición. ¿Ver la corrida?... No. Había llegado hasta la plaza con un esfuerzo de su voluntad, y se arrepentía de ello. Le era imposible resistir la presencia de su marido en el redondel. Nunca le había visto toreando. Aguardaría allí hasta que no pudiese más.

—¡Vaya por Dió!—dijo con resignación el talabartero—. Nos quearemos, aunque no sé qué pintamos aquí frente á las caballerisas.

Desde el día anterior que el marido de Encarnación iba tras de su cuñada, sufriendo los sobresaltos y lágrimas de una nerviosidad excitada por el miedo.

El sábado á mediodía Carmen le había hablado en el despacho del maestro. ¡Se marchaba á Madrid! Estaba resuelta á este viaje. No podía vivir en Sevilla. Llevaba cerca de una semana de insomnios, viendo en su imaginación escenas horrorosas. Su instinto femenil parecía avisarle un gran peligro. Necesitaba correr al lado de Juan. No sabía con qué objeto, ni qué podría conseguir en el viaje, pero ansiaba verse junto á Gallardo, con ese anhelo cariñoso que cree aminorar el peligro colocándose cerca de la persona amada.

Aquello no era vivir. Se había enterado por los diarios del gran fracaso de Juan el domingo anterior en la plaza de Madrid. Conocía la soberbia profesional del torero: adivinaba que no toleraría con resignación este contratiempo. Iba á hacer locuras para reconquistar el aplauso del público. La última carta que había recibido de él, se lo daba á entender vagamente.

—No, y no—dijo con energía á su cuñado—. Me voy á Madrí esta misma tarde. Si tú quieres me acompañas: si no quies venir me iré sola. Sobre too ni una palabra á don José; me estorbaría el viaje... Esto no lo sabe más que la mamita.

El talabartero aceptó. ¡Un viaje gratuito á Madrid, aunque fuese en triste compañía!... Durante el camino, Carmen daba forma á sus anhelos. Hablaría á su marido

enérgicamente. ¿A qué continuar toreando? ¿No tenían bastante para vivir?... Debía retirarse, pero inmediatamente, si no ella iba á perecer. Era preciso que esta corrida fuese la última... Aun esto le parecía demasiado. Llegaba á tiempo á Madrid para que su marido no torease por la tarde. Le decía el corazón que con su presencia iba á evitar una desgracia.

Pero el cuñado protestaba con grandes aspavientos al oir esto.

—¡Qué barbariá! ¡Lo que sois las mujeres! Se os mete una cosa en la cabesa, y eso ha de ser. ¿Es que crees tú que no hay autoriá, ni leyes, ni reglamento de plaza, y que basta que á una mujer se le ocurra abrasarse al marío y tené miedo, pa que se suspenda una corría y se quee el público con un parmo de narises?... Tú dirás lo que quieras á Juan, pero será aluego de la corría. Con la autoriá no se juega; iríamos toos á la cárcel.

Y el talabartero se imaginaba las consecuencias más dramáticas si Carmen persistía en su disparatada idea de presentarse al marido, impidiéndole que torease. Los prenderían á todos. El se veía ya en la cárcel como cómplice de este acto, que en su simpleza consideraba un crimen.

Cuando llegaron á Madrid tuvo que hacer nuevos esfuerzos para impedir que su compañera corriese al hotel donde estaba su marido. ¿Qué iba á conseguir con esto?...

—Lo vas á azará con tu presensia y aluego irá á la plaza de mal humó, sin sereniá, y si le ocurre argo tú tendrás la curpa.

Esta reflexión amansó á Carmen, haciendo que se entregase á la dirección de su cuñado. Se dejó llevar á un hotel que éste escogió, y allí estuvo toda la mañana tendida en un sofá de su cuarto, llorando como si diese por cierta su desgracia. El talabartero, contento de verse en Madrid, bien instalado, indignábase contra desesperación, que le parecía ridícula.

—¡Vamo, hombre!... ¡Lo que sois las mujeres! Cuarpuiera creería que eres viuda, y tu marío está á estas horas tan campante, preparándose para la corría, güeno

y sano como er propio Roger de Flor. ¡Qué tontunas!

Carmen apenas almorzó, mostrándose sorda á los elogios que tributaba su cuñado al cocinero del establecimiento. Por la tarde su resignación volvió á desvanecerse.

El hotel estaba situado cerca de la Puerta del Sol, y llegaban hasta ella el ruido y el movimiento de la gente que iba á la corrida. No; no podía permanecer en esta habitación extraña, mientras su marido arriesgaba la existencia. Necesitaba verlo. Le faltaba valor para soportar la vista del espectáculo, pero quería sentirse cerca de él: deseaba ir á la plaza. ¿Dónde estaría la plaza?... Nunca la había visto. Si no podía entrar en ella, vagaría por los alrededores. Lo importante era sentirse cerca, creyendo que esta aproximación podía influir en la suerte de Gallardo.

El talabartero protestaba. ¡Por vida de...! El tenía el propósito de asistir á la corrida; había salido del hotel para comprar un billete, y ahora Carmen le aguaba la fiesta con su empeño de ir á la plaza.

—¿Pero qué vas á hacé allí, criatura? ¿Qué vas á remediá con tu presensia?... Figúrate, si Juaniyo yega á verte.

Discutieron largamente, pero la mujer oponía á todas sus razones la misma respuesta tenaz:

—No me acompañes... Iré yo sola.

Acabó el cuñado por rendirse, y en un coche de alquiler fueron á la plaza, entrando en ella por la puerta de Caballerizas. El talabartero se acordaba mucho del circo y sus dependencias luego de haber acompañado á Gallardo en uno de sus viajes á Madrid para las corridas de primavera.

El y el empleado mostrábanse indecisos y con malhumor ante aquella mujer de ojos enrojecidos y mejillas hundidas, que seguía plantada en el patio sin saber qué hacer... Los dos hombres sentíanse atraídos por el rumor del gentío y la música que sonaba en la plaza. ¿Iban á estar allí toda la tarde, sin ver la corrida?...

El empleado tuvo una buena inspiración.

—¡Si la señora quiere pasar á la capilla!...

Había terminado el desfile de las cuadrillas. Por la puerta que daba acceso al redondel volvían trotando algunos caballos. Eran los picadores que no estaban de tanda y se retiraban de la arena para sustituir á sus compañeros cuando les llegase el turno. Amarrados á unas anillas del muro estaban en fila seis jacos ensillados, los primeros que habían de salir al redondel para suplir las bajas. A espaldas de ellos los picadores entretenían la espera haciendo evolucionar sus caballos. Un encargado de las cuadras, montando una yegua asustadiza y brava, la hacía galopar por el corral para fatigarla, entregándola luego á los piqueros.

Coceaban los jacos, martirizados por las moscas, tirando de las anillas como si adivinasen el cercano peligro. Trotaban los otros caballos enardecidos por las espuelas de los jinetes.

Carmen y su cuñado tuvieron que refugiarse bajo las arcadas, y al fin, la mujer del torero aceptó la invitación de pasar á la capilla. Era un lugar seguro y tranquilo, y allí podría hacer algo de provecho para su esposo.

Cuando se vió en la santa pieza, de un ambiente denso, por la respiración del público que había presenciado la oración de los toreros, Carmen fijó sus ojos en la pobreza del altar. Ardían cuatro luces ante la Virgen de la Paloma, pero á ella le pareció mezquino ese tributo.

Abrió su bolso para dar un duro al empleado. ¿No podía traer más cirios?... El hombre se rascó una sien. ¿Cirios? ¿cirios?... En los enseres de la plaza no creía encontrarlos. Pero de pronto se acordó de las hermanas de un matador que traían velas siempre que toreaba éste. Las últimas apenas se habían consumido, y debían estar guardadas en algún rincón de la capilla. Tras larga rebusca las encontró. Faltaban candeleros; pero el empleado, hombre de recursos, trajo un par de botellas vacías, é introduciendo en su cuello las velas, las encendió, colocándolas junto á las otras luces.

Carmen se había arrodillado, y los dos hombres aprovecharon su inmovilidad para correr á la plaza, ansiosos de presenciar los primeros lances de la corrida.

Quedó la mujer en curiosa contemplación de la ima-

gen borrosa, enrojecida por las luces. No conocía á esta Virgen, pero debía ser dulce y bondadosa, como la de Sevilla, á la que tantas veces había suplicado. Además, era la Virgen de los toreros, la que escuchaba sus oraciones de última hora, cuando el cercano peligro daba á los hombres rudos una sinceridad piadosa. Sobre aquel suelo se había arrodillado su marido muchas veces. Y este pensamiento bastó para que se sintiera atraída por la imagen, contemplándola con religiosa confianza, cual si la conociera desde la niñez.

Moviéronse sus labios repitiendo oraciones con automática velocidad, pero su pensamiento huía del rezo, como arrastrado por los ruidos de la muchedumbre que llegaban hasta ella.

¡Ay, aquel mugido de volcán intermitente, aquel bramar de olas lejanas, cortado de vez en cuando por pausas de trágico silencio!... Carmen se imaginaba estar presenciando la corrida invisible. Adivinaba por las diversas entonaciones de los ruidos de la plaza el curso de la tragedia que se desarrollaba en el redondel. Unas veces era una explosión de gritos indignados con acompañamiento de silbidos; otras miles y miles de voces que proferían palabras ininteligibles. De pronto sonaba un alarido de terror, prolongado, estridente, que parecía subir hasta el cielo; una exclamación miedosa y jadeante que hacía ver miles de cabezas tendidas y pálidas por la emoción, siguiendo la veloz carrera del toro que le iba á los alcances á un hombre... hasta que de pronto se cortaba instantáneamente el grito, restableciéndose la calma. Había pasado el peligro.

Extendíanse largos espacios de silencio; de un silencio absoluto, el silencio del vacío, en el que sonaba agrandado el zumbar de las moscas salidas de las caballerizas, como si el inmenso circo estuviera desierto, como si hubieran quedado inmóviles y sin respiración las catorce mil personas sentadas en su graderío y fuese Carmen el único ser viviente que subsistía en sus entrañas.

De pronto se animaba este silencio con un choque ruidoso é infinito, cual si todos los ladrillos de la plaza se soltasen de su trabazón, dando unos contra otros. Era

un aplauso cerrado que hacía temblar el circo. En el patio inmediato á la capilla sonaban golpes de vara sobre el pellejo de los míseros caballos, reniegos, choque de herraduras y voces. «¿A quién le toca?» Nuevos picadores eran llamados á la plaza.

A estos ruidos uniéronse otros más cercanos. Sonaron pasos en las habitaciones inmediatas, abriéronse puertas con estrépito: oíanse las voces y la respiración jadeante de varios hombres, como si marchasen abrumados por un gran peso.

—No es nada... un coscorrón. No ties sangre. Antes de que acabe la corrida estarás picando.

Y una voz bronca, debilitada por el dolor, como si viniese de lo más profundo de los pulmones, gemía entre suspiros con un acento que recordaba á Carmen su tierra:

—¡Virgen de la Soleá!... Creo que me he roto argo. Mire bien, dotor... ¡Ay mis hijos!

Carmen se estremeció de espanto. Elevaba sus ojos á la Virgen, extraviados por el miedo. Su nariz parecía afilarse con la emoción entre las mejillas hundidas y pálidas. Sentíase enferma; temía desplomarse sobre el pavimento con un síncope de terror. Intentaba rezar otra vez, aislarse en su oración para no escuchar los ruidos de fuera, transmitidos por las paredes con una sonoridad desesperante. Pero á pesar de estos propósitos, llegaba á su oído un lúgubre chapoteo de agua y las voces de ciertos hombres que debían ser médicos y enfermeros animando al picador.

Este se quejaba con una rudeza de jinete montaraz, queriendo ocultar al mismo tiempo por orgullo viril el dolor de sus huesos quebrantados.

—¡Virgen de la Soleá!... ¡Mis hijos!... ¡Qué van á comé los probes churumbeles si su pare no pué picá!...

Carmen se levantó. ¡Ay, no podía más! Iba á caer desplomada si seguía en aquel sitio obscuro, estremecido por ecos de dolor. Necesitaba aire; ver el sol. Creía sentir en sus propios huesos el mismo suplicio que hacía gemir á aquel hombre desconocido.

Salió al patio. Sangre por todos lados: sangre en el

suelo y en las inmediaciones de unas cubas, donde el agua mezclábase con el líquido rojo.

Retirábanse los picadores del redondel. Habían hecho la señal para la suerte de banderillas, y los jinetes llegaban sobre sus caballos, manchados de sangre, con el pellejo rasgado y colgando de sus vientres el repugnante bandullo de las entrañas al aire.

Desmontábanse los jinetes hablando con animación de los incidentes de la corrida. Carmen vió á *Potaje* apearse con toda la pesadez de su vigorosa humanidad, lanzando una retahila de maldiciones al *mono sabio* que le ayudaba torpemente en su descenso. Parecía entorpecido por sus ocultas perneras de hierro y por el dolor de varios batacazos. Llevábase una mano á la espalda para rascarse con dolorosos desperezos, pero sonreía mostrando su amarilla dentadura de caballo.

—¿Habéis visto ustés qué güeno ha estao Juan?—decía á todos los que le rodeaban—. Hoy viene güeno de veras.

Al reparar en la única mujer que estaba en el patio y reconocerla, no mostró extrañeza.

—¡Usté por aquí, señá Carmen! ¡Tanto güeno!...

Y hablaba tranquilamente, como si á él, en la somnolencia en que le tenían siempre el vino y la propia bestialidad, no pudiera asombrarle nada del mundo.

—¿Ha visto usté á Juan?—prosiguió—. Se ha acostao en el suelo, elante del toro, en los mismos hosicos. Lo que hase ese gachó no lo hase nadie... Asómese á velo, que hoy está mu güeno.

Le llamaron desde una puerta, que era la de la enfermería. Su compañero, el picador, deseaba hablarle antes de que lo trasladasen al hospital.

—Adió, señá Carmen. Voy á ve qué quié ese probesito. Una caía con fratura, según disen. Ese no pica en toa la temporá.

Carmen se refugió bajo las arcadas, queriendo cerrar sus ojos para no ver el espectáculo repugnante del patio, pero al mismo tiempo sentíase atraída por el rojo mareador de la sangre.

Los *monos sabios* conducían de las riendas los caba-

llos heridos, que arrastraban sus entrañas por el suelo, soltando al mismo tiempo por debajo de la cola una diarrea de susto.

Al verlos, un encargado de las cuadras comenzó á mover pies y manos, agitado por una fiebre de actividad.

—¡Fuerza, valientes!—gritó dirigiéndose á los mozos de las caballerizas—. ¡Duro!... ¡Duro ahí!

Un mozo de cuadra, moviéndose con precaución junto al caballo, coceante de dolor, le quitaba la silla, echándole después á las piernas unos lazos de correas que las agarrotaban, uniendo las cuatro extremidades y haciendo caer al animal al suelo.

—¡Ahí, valiente!... ¡Duro! ¡Duro con él!—seguía gritando el encargado de las caballerizas, sin dejar de mover manos y pies.

Y los mozos, arremangados, inclinábanse sobre el vientre abierto de la bestia, que esparcía en torno regueros de sangre y de orín, pugnando por introducir á puñados en el trágico desgarrón las pesadas entrañas que colgaban fuera de él.

Otro sostenía las riendas del caído animal y apretaba contra el suelo la triste cabeza, poniendo un pie sobre ella. Contraíase el hocico con gestos de dolor, chocaban los dientes largos y amarillentos con un escalofrío de martirio, perdiéndose en el polvo los relinchos ahogados por la presión del pie. Pugnaban las manos sangrientas de los curanderos por devolver á la abierta cavidad las flácidas entrañas, pero la respiración jadeante de la víctima las hinchaba, haciéndolas salir de su encierro y desparramándose otra vez como piltrafas empaquetadas. Una vejiga enorme inflábase entre los despojos, entorpeciendo el arreglo.

—¡La bufa, valientes!—gritaba el director—. ¡Duro con la bufa!

Y la vejiga, con todas sus entrañas anexas, desaparecía al fin en las profundidades del vientre, mientras dos mozos, con la agilidad de la costumbre, cosían la piel.

Cuando el caballo quedaba *arreglado*, con bárbara prontitud, le echaban un cubo de agua por la cabeza,

libertaban sus piernas de la trabazón de las correas, y le daban unos golpes de vara para que se pusiera en pie. Unos, apenas caminaban dos pasos, caían redondos, derramando un chorro de sangre por la herida zurcida con bramante. Era la muerte instantánea, al recobrar las entrañas su posición. Otros mantenían fuertes por los secretos recursos del vigor animal, y los mozos, después del *arreglo,* los llevaban al *barnizaje,* inundando sus patas y vientres con violentas abluciones de cubos de agua. El color blanco ó castaño de los animales quedaba brillante, chorreando sus pelos un líquido de color rosa, mezcla de agua y de sangre.

Remendaban los caballos como si fuesen zapatos viejos; explotaban su debilidad hasta el último momento, prolongando su agonía y su muerte. Quedaban en el suelo pedazos de intestino cortados para facilitar la operación del arreglo. Otros fragmentos de sus entrañas estaban en el redondel cubiertos de arena hasta que muriese el toro y los mozos pudieran recoger estas piltrafas en sus espuertas. Muchas veces, el trágico vacío de los órganos perdidos remediábanlo los bárbaros curanderos con puñados de estopa introducidos en el vientre.

Lo importante era mantener en pie á estos animales unos cuantos minutos más, hasta que los picadores volviesen á salir á la plaza: el toro se encargaría de rematar su obra... Y los jacos moribundos sufrían sin protesta esta lúgubre transfiguración. Los que cojeaban eran reanimados con ruidosos golpes de vara, que les hacían temblar desde las patas á las orejas. Un caballo manso, en la desesperación de su infortunio, intentaba morder á los *monos sabios* que se aproximaban. Entre sus dientes guardaba aún colgajos de piel y pelos rojos. Al sentir el desgarrón de los cuernos en su panza, el mísero animal había mordido el cuello del toro con una furia de cordero rabioso.

Relinchaban tristemente los caballos heridos, levantando la cola con ruidoso escape de gases: un hedor de sangre y excremento vegetal esparcíase por el patio: la sangre corría entre las piedras, ennegreciéndose al secarse.

Llegaban hasta allí los ruidos de la muchedumbre

invisible. Eran exclamaciones de inquietud; un «¡ay! ¡ay!» lanzado por miles de bocas, que hacía adivinar la fuga del banderillero acosado de cerca por el toro. Luego un silencio absoluto. El hombre volvía hacia la fiera y estallaba el ruidoso aplauso saludando un par de banderillas bien colocado. Luego sonaban las trompetas anunciando la suerte de matar y se repetían los aplausos.

Carmen quería irse. ¡Virgen de la Esperanza! ¿Qué hacía allí?... Ignoraba el orden que iban á seguir los matadores en su trabajo. Tal vez aquel toque señalaba el momento en que su marido iba á colocarse frente á la fiera. ¡Y ella allí, á pocos pasos de distancia, y sin verle!... Quería escapar, para librarse de este tormento.

Además, le angustiaba la sangre que corría por el patio; el tormento de aquellas pobres bestias. Su delicadeza de mujer sublevábase contra estas torturas, al mismo tiempo que se llevaba el pañuelo al olfato para repeler los hedores de carnicería.

Nunca había ido á los toros. Gran parte de su existencia la había pasado oyendo hablar de corridas, pero en los relatos de estas fiestas sólo veía lo externo, lo que ve todo el mundo, los lances del redondel, á la luz del sol, con brillo de sedas y bordados, la representación fastuosa, sin conocer los preparativos odiosos que se verificaban en el misterio de los bastidores. ¡Y ellos vivían de esta fiesta, con sus repugnantes martirios de animales débiles! ¡Y su fortuna había sido hecha á costa de tales espectáculos!...

Estalló un aplauso ruidoso dentro del circo. En el patio se dieron órdenes con voz imperiosa. El primer toro acababa de morir. Abriéronse en el fondo del pasadizo de la Puerta de Caballos las vallas que comunicaban con el redondel, y llegaron con más intensidad los ruidos de la muchedumbre y los ecos de la música.

Las mulillas estaban en la plaza: una trinca para recoger los caballos muertos, otra para llevarse á rastras el cadáver del toro.

Carmen vió venir por debajo de las arcadas á su cuñado. Aun estaba trémulo de entusiasmo por lo que había visto.

—Juan... colosal. Está esta tarde como nunca. No tengas mieo. ¡Si ese chico se come los toros vivos!

Luego la miró con inquietud, temeroso de que le hiciese perder una tarde tan interesante... ¿Qué decidía? ¿Se consideraba con valor para asomarse á la plaza?

—¡Yévame!—dijo ella con acento angustioso—. Sácame pronto de aqui. Me siento enferma... Déjame en la primera iglesia que encontremos.

El talabartero torció el gesto. ¡Por vida de Roger! ¡Dejar una corrida tan magnífica!... Y mientras iban hacia la puerta calculaba dónde podría abandonar á Carmen para volver cuanto antes á la plaza.

Cuando salió el segundo toro, todavía Gallardo, apoyado en la barrera, recibía felicitaciones de sus admiradores. ¡Qué coraje el de aquel chico... «cuando quería»!... La plaza entera le había aplaudido en el primer toro, olvidando sus enfados de las corridas anteriores. Al caer un picador quedando exánime por el terrible choque, Gallardo había acudido con su capa, llevándose á la fiera al centro del redondel. Fueron unas verónicas arrogantes que acabaron por dejar á la bestia inmóvil y fatigada, después de revolverse tras el engaño del trapo rojo. El torero, aprovechando la estupefacción del animal, quedó erguido á pocos pasos de su hocico, sacando el vientre como si le desafiase. Sintió «la corazonada» precursora feliz de sus grandes atrevimientos. Había que conquistar al público con un rasgo de audacia, y se arrodilló ante los cuernos con cierta precaución, pronto á levantarse al más leve intento de acometida.

El toro permaneció quieto. Avanzó una mano hasta tocar su hocico babeante, y el animal no hizo movimiento alguno. Entonces atrevióse á algo que sumió al público en un silencio palpitante. Poco á poco se acostó en la arena, con el capote entre los brazos sirviéndole de almohada, y así estuvo algunos segundos, tendido bajo las narices de la fiera, que le olisqueaban con cierto miedo, como si recelase un peligro en este cuerpo que audazmente se colocaba bajo sus cuernos.

Cuando el toro, recobrando su agresiva fiereza, bajó

las astas, el torero rodó hacia las patas, poniéndose de este modo fuera de su alcance, y el animal pasó sobre él, buscando vanamente en su feroz ceguera el bulto al que acometía.

Se levantó Gallardo limpiándose el polvo, y el público, amante de las temeridades, le aplaudió con el entusiasmo de otros tiempos. No sólo celebraba su audacia. Se aplaudía á sí mismo, admiraba su propia majestad, adivinando que el atrevimiento del torero era para reconciliarse con él, para ganar de nuevo su afecto. Gallardo venía á la corrida dispuesto á las mayores audacias para conquistar aplausos.

—Se descuida—decían en los tendidos—; muchas veces es flojo, pero tiene vergüenza torera y vuelve por su nombre.

El entusiasmo del público, su alegre agitación al recordar la hazaña de Gallardo y la certera estocada con que el otro maestro había dado muerte al primer toro, trocáronse en malhumor y protestas al ver el segundo en el redondel. Era enorme y de hermosa estampa, pero corría por el centro de la plaza, mirando con extrañeza á la ruidosa muchedumbre de los tendidos, asustado de las voces y silbidos con que pretendían excitarle y huyendo de su propia sombra, como si adivinara toda clase de asechanzas. Los peonos corrían tendiéndole la capa. Acometía al trapo rojo siguiéndole por algunos instantes, pero de pronto daba un bufido de extrañeza y volvía su cuarto trasero, huyendo en distinta dirección con violentos saltos. Su ágil movilidad para la fuga indignaba al público.

—Eso no es toro... ¡es una mona!

Los capotes de los maestros consiguieron al fin atraerlo hacia la barrera, donde esperaban los picadores inmóviles sobre sus monturas, con la garrocha bajo el brazo. Se acercó á un jinete con la cabeza baja y fieros bufidos como si fuese á acometer. Pero antes de que el hierro se clavase en su cuello, dió un salto y huyó, pasando por entre las capas que le tendían los peones. En su fuga encontró á otro picador, repitiendo el salto, el bufido y la huída. Luego tropezó con el ter-

cer jinete, el cual, avanzando la garrocha, le picó en el cuello, aumentándose con este castigo su miedo y su velocidad.

El público en masa se había puesto de pie, braceando y gritando. ¡Un toro manso! ¡Qué abominación!... Volvíanse todos hacia la presidencia bramando su protesta: «¡Señor presidente!» Aquello no podía consentirse.

De algunos tendidos comenzó á salir un coro de voces que repetían las mismas palabras con monótona entonación:

—¡Fuego!... ¡fueeego!

El presidente parecía dudar. Corría el toro perseguido por los lidiadores, que iban tras él con la capa al brazo. Cuando alguno de éstos conseguía ponerse delante, para detenerle, olfateaba la tela con el bufido de siempre y se alejaba en distinta dirección, dando saltos y coces.

Aumentaba la ruidosa protesta con estas fugas. «¡Señor presidente! ¿Era que estaba ciego su señoría?...» Comenzaban á caer en el redondel botellas, naranjas y cojines de asiento, en torno de la bestia fugitiva. El público la odiaba por cobarde. Una botella dió en uno de sus cuernos, y la gente aplaudió al certero tirador sin saber quién era. Parte del público tendía el cuerpo adelante como si fuera á arrojarse al redondel, queriendo destrozar con sus manos á la mala bestia. ¡Qué escándalo! ¡Ver en la plaza de Madrid bueyes que sólo servían para dar carne! «¡Fuego! ¡fuego!»

El presidente agitó al fin un pañuelo rojo, y una salva de aplausos saludó este gesto.

Las banderillas de fuego eran un espectáculo extraordinario; algo inesperado que aumentaba el interés de la corrida. Muchos que protestaban hasta enronquecer, estaban satisfechos en su interior de este incidente. Iban á ver al toro asado en vida, corriendo loco de terror por los rayos que le colgarían del cuello.

Avanzó el *Nacional* llevando pendientes de sus manos, con las puntas hacia abajo, dos gruesas banderillas, que parecían enfundadas en papel negro. Fuese hacia

el toro sin grandes precauciones, como si su cobardía no mereciese arte alguno, y le clavó los palos infernales entre los aplausos vengativos de la muchedumbre.

Sonó un chasquido como si se rompiese algo, y dos chorros de humo blanco comenzaron á rugir sobre el cuello del animal. Con la luz del sol no se veía el fuego, pero los pelos desaparecían chamuscados y una mancha negra extendíase sobre el pescuezo.

Corrió el toro sorprendido del ataque, acelerando su fuga, como si con ésta pudiera librarse del tormento, hasta que de pronto comenzaron á estallar en su cuello secas detonaciones, semejantes á tiros de fusil, volando en torno de sus ojos las encendidas pavesas de papel. Saltaba la bestia con la agilidad del terror, las cuatro patas en el aire al mismo tiempo, torciendo en vano la cornuda cabeza para arrancarse con la boca aquellos demonios agarrados á su pescuezo. La gente reía y aplaudía, encontrando graciosos estos saltos y contorsiones. Parecía que ejecutaba una danza de animal amaestrado con la torpe pesadez de su volumen.

—¡Cómo le pican!—exclamaba el público con risa feroz.

Cesaron de rugir y estallar las banderillas. Hervía el carbonizado pescuezo con burbujas de grasa. El toro, al no sentir la quemazón del fuego, quedó inmóvil, jadeante, con la cabeza humillada, sacando una lengua seca, de rojo obscuro.

Otro banderillero se aproximó á él, clavando un segundo par. Volvieron á surgir los chorros de humo sobre la carne chamuscada, sonaron los tiros, y el toro corrió otra vez, pugnando por aproximar la boca al pescuezo, enroscando su cuerpo macizo; pero ahora los movimientos eran de menos violencia, como si su vigorosa animalidad comenzara á habituarse al martirio.

Aun le clavaron un tercer par, y su cuello quedó carbonizado, esparciendo en el redondel un hedor nauseabundo de grasa derretida, cuero quemado y pelos consumidos por el fuego.

El público siguió aplaudiendo con vengativo frenesí, como si el manso animal fuese un adversario de sus

creencias é hicieran obra santa con este abrasamiento. Reían al verle trémulo sobre sus patas, agitando los flancos como los costados de un fuelle, mugiendo con chillón alarido de dolor, los ojos enrojecidos y arrastrando su lengua por la arena, ávido de una sensación de frescura.

Gallardo aguardaba apoyado en la barrera, cerca de la presidencia, la señal para matar. *Garabato* tenía sobre el borde de la valla el estoque y la muleta preparados.

«¡Mardita sea!» ¡Tan bien como se presentaba la corrida, y reservarle la mala suerte este toro, que él mismo había escogido por su buena estampa, y que al pisar la arena resultaba mansurrón!...

Excusábase por adelantado de lo defectuoso de su trabajo, hablando con los inteligentes que ocupaban las delanteras de la barrera.

—Se hará lo que se puea, y na más—decía levantando los hombros.

Luego miraba á los palcos, fijándose en el de doña Sol. Le había aplaudido antes, cuando realizó su estupenda hazaña de acostarse ante el toro. Sus manos enguantadas chocaron con entusiasmo cuando volvía él hacia la barrera, saludando al público. Al darse cuenta doña Sol que el torero la miraba, lo saludó con un ademán afectuoso, y hasta su acompañante, aquel tío antipático, se había unido á este saludo con ruda inclinación del cuerpo, como si fuese á partirse por la cintura. Luego había sorprendido varias veces los gemelos de ella fijos con insistencia en su persona, buscándolo en su retiro entre barreras. ¡Aquella gachí!... Tal vez se sentía atraída de nuevo por los mozos de corazón. Gallardo pensaba visitarla al día siguiente, por si había cambiado el viento.

Sonó la señal para matar, y el espada, luego de un corto brindis, marchó hacia el toro.

Los entusiastas dábanle consejos á gritos.

—¡Despáchalo pronto! Es un buey que no merece nada.

El torero tendió su muleta ante la bestia, y ésta arremetió, pero con paso tardo, escarmentada por el tor-

mento, con una intención manifiesta de aplastar, de herir, como si el martirio hubiese despertado su fiereza. Aquel hombre era el primero que se colocaba ante sus cuernos después del suplicio.

La muchedumbre sintió que se desvanecía su vengativa animadversión contra el toro. No se revolvía mal; atacaba. ¡Olé! Y todos saludaron con entusiasmo los pases de muleta, envolviendo en la misma aprobación al lidiador y á la fiera.

Quedó el toro inmóvil, humillando la cerviz y con la lengua pendiente. Se hizo el silencio precursor de la estocada mortal: un silencio más grande que el de la soledad absoluta, producto de muchos miles de respiraciones contenidas. Fué tan grande este silencio, que llegaron hasta los últimos bancos los menores ruidos del redondel. Todos oyeron un leve crujido de maderas chocando unas con otras. Era que Gallardo con la punta del estoque echaba atrás, sobre el cuello del toro, los palos chamuscados de las banderillas que asomaban entre los cuernos. Luego de este arreglo para facilitar el golpe, la muchedumbre avanzó aun más sus cabezas, adivinando la misteriosa correspondencia que acababa de establecerse entre su voluntad y la del matador. «¡Ahora!», decían todos interiormente. Iba á derribar al toro de una estocada maestra. Todos adivinaban la resolución del espada.

Se lanzó Gallardo sobre el toro, y todo el público respiró á un tiempo ruidosamente, luego de la emocionante espera. Del encontronazo entre el hombre y el animal salió éste corriendo con mugidora furia, mientras el graderío prorrumpía en silbidos y protestas. Lo de siempre. Gallardo había vuelto la cara y encogido el brazo en el momento de matar. El animal llevaba en el cuello el estoque cimbreante y suelto, y á los pocos pasos la hoja de acero saltó de la carne, rodando en la arena.

Una parte del público increpó á Gallardo. Estaba roto el encanto que lo había unido al espada al principio de la fiesta. Reaparecía la desconfianza: ensañábase la animadversión en el torero. Todos parecían haber olvidado el entusiasmo de poco antes.

Gallardo recogió la espada, y con la cabeza baja, sin ánimos para protestar del desagrado de una muchedumbre, tolerante para otros é inflexible con él, marchó otra vez hacia el toro.

En su confusión creyó ver que un torero se ponía á su lado. Debía ser el *Nacional*.

—¡Carma, Juan! No embarullarse.

«¡Mardita sea!» ¿Y siempre le iba á ocurrir lo mismo? ¿Era que ya no podía meter el brazo entre los cuernos, como en otros tiempos, clavando el estoque hasta la cruz? ¿Iba á pasarse el resto de su vida haciendo reir á los públicos?... ¡Un buey al que habían tenido que dar fuego!

Se colocó frente al animal, que parecía aguardarle, con las patas inmóviles, como si desease acabar cuanto antes su largo martirio. No quiso pasarle otra vez de muleta. Se perfiló, con el trapo rojo junto al suelo y la espada horizontal á la altura de sus ojos... ¡A meter el brazo!

El público púsose de pie con rápido impulso. Durante unos segundos hombre y fiera no formaron más que una sola masa, y así se movieron algunos pasos. Los más inteligentes agitaban ya sus manos, ansiosos de aplaudir. Se había arrojado á matar como en sus mejores tiempos. ¡Una estocada de verdad!

Pero de pronto el hombre salió de entre los cuernos, despedido como un proyectil, por un cabezazo demoledor, y rodó por la arena. El toro bajó la cabeza y sus cuernos engancharon el cuerpo inerte, elevándolo un instante del suelo y dejándolo caer, para proseguir su carrera, llevando en el cuello la empuñadura de la espada hundida hasta la cruz.

Gallardo se levantó torpemente, y la plaza entera estalló en un aplauso ensordecedor, ansiosa de reparar su injusticia. ¡Olé los hombres! ¡Bien por el niño de Sevilla! Había estado *güeno*.

Pero el torero no contestaba á estas exclamaciones de entusiasmo. Se llevó las manos al vientre, agachándose en una curvatura dolorosa, y comenzó á andar con paso vacilante y la cabeza baja. Por dos veces la levantó, mirando á la puerta de salida como si temiese

no encontrarla, perdido en temblorosos zig-zags, cual si estuviese ebrio.

De pronto cayó en la arena, encogido como un gusano enorme de seda y oro. Cuatro mozos de la plaza tiraron torpemente de él hasta izarlo sobre sus hombros. El *Nacional* se unió al grupo sosteniendo la cabeza del espada, pálida, amarillenta, con los ojos vidriosos, al través de las pestañas cruzadas.

El público tuvo un movimiento de sorpresa, cesando en sus aplausos. Todos volvían la vista en torno, indecisos sobre la gravedad del suceso... Pero pronto circularon noticias optimistas, que nadie sabía de dónde venían; esa opinión anónima que todos admiten, y en ciertos instantes enardece ó inmoviliza á las muchedumbres... No era nada. Un varetazo en el vientre que le privaba de sentido. Nadie había visto sangre.

La muchedumbre, súbitamente tranquilizada, fué sentándose, pasando su atención del torero herido á la fiera, que aun se mantenía en pie, resistiendo á las angustias de la muerte.

El *Nacional* ayudó á colocar á su maestro en una cama de la enfermería. Cayó en ella como un talego, inánime, con los brazos pendientes fuera del lecho.

Sebastián, que tantas veces había contemplado á su espada ensangrentado y herido, sin perder por esto la serenidad, sentía ahora la angustia del miedo, viéndolo inerte, con una blancura verdosa, como si estuviese muerto.

—¡Por vía e la paloma azul!—gimoteaba—. ¿Es que no hay médicos? ¿Es que no hay nadie?

El personal de la enfermería, luego de despachar al picador magullado, había corrido á su palco en la plaza.

El banderillero desesperábase, creyendo que los segundos eran horas, gritando á *Garabato* y á *Potaje,* que habían acudido tras él, sin saber ciertamente lo que les decía.

Llegaron dos médicos, y luego de cerrar la puerta para que nadie les estorbase, quedaron indecisos ante el cuerpo inánime del espada. Había que desnudarlo. A

la luz que entraba por una claraboya del techo, *Garabato* comenzó á desabrochar, descoser y rasgar las ropas del torero.

El *Nacional* apenas podía ver el cuerpo. Los médicos estaban en torno del herido, consultándose con la mirada. Debía ser un colapso que le había privado de vida aparentemente. No se veía sangre. Los rasgones de sus ropas eran efecto, sin duda, del revolcón que le había dado el toro.

Entró apresuradamente el doctor Ruiz, y sus colegas le dejaron pasar á primer término, acatando su maestría. Juraba en su nerviosa precipitación mientras iba ayudando á *Garabato* á abrir las ropas del torero.

Hubo un movimiento de asombro, de dolorosa sorpresa, en torno de la cama. El banderillero no se atrevía á preguntar. Miró por entre las cabezas de los médicos, y vió el cuerpo de Gallardo con la camisa subida sobre el pecho y los calzones caídos, dejando visibles las negruras de la virilidad. El vientre, completamente al descubierto, estaba rasgado por una abertura tortuosa, de labios ensangrentados, al través de la cual asomaban unas piltrafas de fresco azul.

El doctor Ruiz movió la cabeza tristemente. A más de la herida atroz é incurable, el torero había recibido una conmoción tremenda con el cabezazo del toro. No respiraba.

—¡Dotor... dotor!—gimió el banderillero suplicando por saber la verdad.

Y el doctor Ruiz, tras largo silencio, volvió á mover la cabeza.

—Se acabó, Sebastián... Puedes buscarte otro matador.

El *Nacional* levantó sus ojos á lo alto. ¡Y así acababa un hombre como aquel, sin poder estrechar la mano de los amigos, sin decir una palabra, repentinamente, como un mísero conejo á quien golpean en la nuca!...

La desesperación le hizo salir de la enfermería. ¡Ay, él no podía ver aquello! El no era como *Potaje,* que permanecía inmóvil y ceñudo á los pies de la cama, contemplando el cadáver como si no lo viese, mientras hacía girar el castoreño entre sus dedos.

Iba á llorar como un niño. Su pecho jadeaba de angustia, mientras los ojos se le hinchaban á impulsos de las lágrimas.

En el patio tuvo que apartarse para dejar paso á los picadores que volvían al redondel.

La terrible nueva comenzaba á circular por la plaza. ¡Gallardo había muerto!... Unos dudaban de la veracidad de la noticia: los otros dábanla por cierta, pero ninguno se movía del asiento. Iban á soltar el tercer toro. Aun estaba la corrida en su primera mitad, y no era cosa de renunciar á ella.

Por la puerta del redondel llegaba el rumor de la muchedumbre y el sonido de la música.

El banderillero sintió nacer en su pensamiento un odio feroz por todo lo que le rodeaba; una aversión á su oficio y al público que lo mantenía. Danzaban en su memoria las sonoras palabras con que hacía reir á las gentes, encontrando ahora en ellas una nueva expresión de justicia.

Pensó en el toro al que arrastraban por la arena en aquel momento, con el cuello carbonizado y sanguinolento, rígidas las patas, y unos ojos vidriosos que miraban al espacio azul como miran los muertos.

Luego vió con la imaginación al amigo que estaba á pocos pasos de él, al otro lado de una pared de ladrillo, también inmóvil, con las extremidades rígidas, la camisa sobre el pecho, el vientre abierto y un resplandor mate y misterioso entre las pestañas cruzadas.

¡Pobre toro! ¡Pobre espada!... De pronto, el circo rumoroso lanzó un alarido saludando la continuación del espectáculo. El *Nacional* cerró los ojos y apretó los puños.

Rugía la fiera: la verdadera, la única.

FIN

Madrid, Enero-Marzo 1908.

BIBLIOTECA POPULAR

Obras publicadas á 4 reales el tomo

Alcalá Galiano.—*Las diez y una noches.*
Aleramo (Sibilla).—*Una mujer.*
Alexis. Bonafoux, Blasco Ibáñez.—*Emilio Zola (Su vida y sus obras).*
Alexis.—*Las chicas del amigo Lefévre.*
Altamira.—*Cosas del dia.*
Angel Guerra.—*Literatos extranjeros.*
Id. —*Del vivir revolucionario.*
Argente.—*Tierras sombrías.*
Bakounine.—*Dios y el Estado.*
Id. —*Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.*
Barón d'Holbach.—*Moisés, Jesús y Mahoma.*
Baudelaire.—*Los paraísos artificiales.*
Benuzzi.—*Creación y vida.*
Bjœrnson.—*El Rey.*
Id. —*El guante.*—*Más allá de las fuerzas humanas.*
Bertrán (Marcos Jesús).—*Entre el telar y el foso.*
Blanco-Fombona.—*El hombre de hierro.*
Blasco Ibáñez.—*La condenada.*
Id. —*Cuentos valencianos.*
Bouhélier.—*El rey sin corona.*
Id. —*El carnaval de los niños* (drama).
Bovio.—*Las doctrinas de los partidos políticos en Europa.*
Bracco.—*Muecas humanas.*
Id. —*Se acabó el amor* (comedia).—**B. Bjœrnson.**—*Una quiebra* (drama).
Büchner.—*Fuerza y materia.*
Id. —*Luz y vida.*
Id. —*Ciencia y Naturaleza.*
Buckle.—*Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.*
Bueno Núñez de Prado (María de).—*A través de la vida.*
Bueno (Manuel).—*A ras de tierra.*
Bunge.—*La novela de la sangre.*
Contreras (F.)—*Tierra de reliquias.*
Cantaclaro.—*Comentarios al Concordato.*
Capitán Casero.—*Recuerdos de un revolucionario.*
Comandante *.**—*Así hablaba Zorrapastro.*
Conde Fabraquer.—*La expulsión de los jesuitas.*
Corton.—*El fantasma del separatismo.*
Chamberlain (John).—*El atraso de España.* (Traducción de **Cazalla.**)
Chamfort.—*Cuadros históricos de la Revolución francesa.*
D'Annunzio.—*Episcopo y Compañía.*
Darwin.—*El origen del hombre.*
Id. —*El origen de las especies.* 3 tomos.
Id. —*Mi viaje alrededor del mundo.* 2 tomos.
Id. —*La expresión de las emociones en el hombre y en los animales.* 2 tomos.
Daudet.—*Cuentos amorosos y patrióticos.*
Delaisi (Francis).—*La Democracia y los hacendistas.*
De la Torre.—*Cuentos del Júcar.*
Del Castillo (B. E.)—*Dos Américas.*
Id. —*Mutualidad, Cooperatismo y Previsión.*
Del Castillo Márquez.—*Bajo otros cielos.*
Delfino.—*Atomos y astros.*
Deutsch.—*Diez y seis años en Siberia.* 2 tomos.
Dide (A.)—*Miguel Servet y Calvino.*
Id. —*Juan Jacobo Rousseau (El Protestantismo y la Revolución francesa).*
Id. —*La leyenda cristiana.*
Dide (Noemia).—*Del matrimonio al amor.*
Diderot.—*Obras filosóficas.*
Id. —*Los dijes indiscretos.*
Domenech (Francisco).—*Lo humano.*
Draper.—*Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*
Id. —*Historia del desarrollo intelectual de Europa.* 3 t.
Echagüe.—*Prosa de combate.*

Engels.—*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.* 2 tomos.
Fabbri.—*Sindicalismo y anarquismo.*
Faure.—*El dolor universal.* 2 t.
Fava.—*Renunciación* (novelas).
Fernández Pesquero.—*Las víctimas del fanatismo* (novela). 2 tomos.
Finot.—*La ciencia de la felicidad.*
Id. —*El prejuicio de las razas.* 2 t
Id. —*El prejuicio de los sexos.* 2 t.
Flaubert.—*Por los campos y las playas.*
Id. —*La tentación de San Antonio.*
Flores García.—*Memorias íntimas del teatro.*
France (Anatole).—*La cortesana de Alejandría (Tais).*
Francés.—*Miedo.*
García Calderón.—*Hombres é ideas de nuestro tiempo.*
Garchine.—*La guerra.*
Garnier.—*Perfume de belleza.*
Gautier (Judith).—*Las crueldades del amor.*
Gautier (T.) – *Un viaje por España.*
George.—*Progreso y miseria.* 2 t.
Id. —*Los problemas sociales.*
Gille (Paúl).—*Historia de las ideas morales.*
Giral Ordóñez (Mario).—*La hora negra* (novela).
Gómez Carrillo.—*Desfile de visiones.*
Id. —*Por tierras lejanas.*
Id. —*Nostalgias.*
Goncourt.—*La ramera Elisa.*
González Peña.—*La chiquilla.*
Id. —*La musa bohemia.*
Gorki.—*Los ex hombres.*
Id. —*En la prisión.*
Id. —*Los bárbaros* (drama).
Id. —*Los hijos del Sol* (drama).
Id. —*Entrevistas.*
Id. —*En América.*
Id. —*Albergue de noche* (drama).
Id. —*Escritos filosóficos y sociales*
Grave.—*La sociedad futura.* 2 t.
Id. —*El individuo y la sociedad.*
Id. —*La sociedad moribunda y la Anarquía.*
Guardiola (A.)—*Los caídos* (novela).
Guerin Ginisty.—*El Fango.*
Gutiérrez-Gamero.—*La derrota de Mañara.*
Guy de Maupassant.—*El Horla.*
Id. —*La mancebía.*
Hæckel.—*Los enigmas del Universo.* 2 tomos.
Id. —*Las maravillas de la vida.* 2 tomos.
Hamón.—*Determinismo y responsabilidad.*
Id. —*Psicología del socialista-anarquista.*
Id. —*Psicología del militar profesional.*
Hamón.—*Socialismo y anarquismo.*
Id. —*El Molière del siglo XX: Bernard Shaw y su teatro*
Haggard.—*El hijo de los boers.*
Heine.—*De la Alemania.* 2 tomos.
Id. —*Los dioses en el destierro.*
Id. —*Confesiones y Memorias.*
Id. —*Italia.*
Herrera (Luis Alberto de).—*La Revolución francesa y Sud América.*
Hugo (Víctor).—*El sueño del Papa.*
Id. —*William Shakespeare.*
Inchofer (Jesuíta).—*La monarquía jesuítica.*
Ibsen.—*La comedia del amor.*—*Los guerreros en Helgeland.*
Id. —*Emperador y Galileo.*—*Juliano Emperador.* 2 t.
Id. —*Los espectros.*—*Hedda Gabler.*
Id. —*Cuando resucitemos.*—*Juan Gabriel Borkman.*
Ingegnieros.—*La simulación en la lucha por la vida.*
Id. —*Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.*
Id. —*Al margen de la ciencia.*
Inyesto.—*La verdadera religión.*
Jacquinet.—*Ibsen y su obra.*
Jaurés.—*Estudios socialistas.*
Jollet.—*La novicia de Trianón.*
Joran (Théodore).—*Alrededor del feminismo.*
Kropotkine.—*La conquista del pan.*
Id. —*Las prisiones.*
Id. —*Palabras de un rebelde*
Id. —*Campos, fábricas y talleres.*
Id. —*El apoyo mutuo. Un factor de la evolución.* 2 tomos.
Id. —*La ciencia moderna y el anarquismo.*—*El terror en Rusia.*
Labriola (Antonio).—*Del materialismo histórico.*
Labriola (Arturo).—*Reforma y revolución social.*

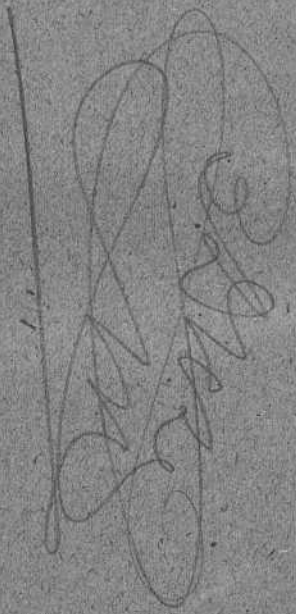
Lacios (Ch. de).—*Las amistades peligrosas.*
Lamark.—*Filosofía zoológica.*
Lhery (Alfredo de).—*El padre Félix.*
Laugel.—*Los problemas del alma.*
Id. —*Los problemas de la vida.*
Id. —*Los problemas de la Naturaleza.*
Leone.—*El Sindicalismo.*
Léssing.—*Laocoonte ó de los límites de la Pintura y de la Poesía.*
López Ballesteros.—*Junto á las máquinas.*
Lorenzo (Anselmo).—*El Pueblo.*
Lubbock.—*La dicha de la vida.*
Mackay.—*Los anarquistas.* (Costumbres de fines del siglo XIX).
Mæterlinck.—*El tesoro de los humildes.*
Malato.—*Filosofía del anarquismo.*
Id. —*La gran huelga (Horrores del capitalismo).* 2 t.
Marinetti.—*El Futurismo.*
Márquez Sterling.—*La diplomacia en nuestra historia.*
Marx.—*El capital.*
Matto de Turner.—*Aves sin nido.*
Maturana.—*Canción de Primavera.*
Maudsley.—*El crimen y la locura.*
Max Halbe.—*Juventud* (drama).
Max Nordau.—*El mal del siglo.* 2 t.
Id. —*Las mentiras convencionales de la civilización.* 2 tomos.
Id. —*Matrimonios morganáticos.* 2 tomos.
Id. —*La comedia del sentimiento.*
Max Stirner.—*El Unico y su propiedad.* 2 tomos.
Mazzini.—*Deberes del hombre.*
Mella (R.)—*Cuestiones sociales.*
Merlino.—*¿Socialismo ó Monopolismo?*
Merejkowsky.—*La muerte de los dioses.* 2 tomos.
Id. —*La resurrección de los dioses.* 2 t.
Id. —*El Anticristo (Pedro y Alejo).* 2 t.
Mérimée.—*Los hugonotes.*
Id. —*Cosas de España.*
Michel (Luisa).—*El mundo nuevo.*
Michelet.—*Consejos á los jesuítas.*
—Pauper (Jean).—*La corrupción de un confesor.*
Mirbeau.—*Sebastián Roch (La educación jesuítica).*
Id. —*El abate Julio.*
Mirabent Vilaplana.—*Alondra.*
Mitjana.—*Discantes y contrapuntos.*
Id. —*¡Para música vamos!...*
Id. —*En el Magreb-el-Aksa.* (Viaje á Marruecos.)
Moebius.—*La inferioridad mental de la mujer.*
Moleschot.—*La circulación de la vida.* 2 tomos.
Morayta.—*¡Aquellos tiempos!*
Id. —*El padre Feyjóo y sus obras.*
Morote.—*Rebaño de almas.*
Id. —*La Duma.* (2.ª parte de *Rebaño de almas).*
Id. —*Pasados por agua.*
Id. —*La conquista del Mogreb.*
Id. —*De la Dictadura á la República.* (La vida política en Portugal).
Nákens.—*Los horrores del absolutismo.*
Naquet.—*La Anarquía y el colectivismo.*
Id. —*La Humanidad y la Patria*
Nelson (E.)—*Hacia la Universidad futura.*
Nietzsche.—*Así hablaba Zaratustra*
Id. —*La gaya ciencia.*
Nietzsche.—*El Anticristo.*
Id. —*Aurora.*
Id. —*El caso Wágner.*
Id. —*El origen de la tragedia*
Id. —*El viajero y su sombra.*
Id. —*La genealogía de la moral.*
Id. —*El crepúsculo de los ídolos.*
Id. —*Más allá del bien y del mal.*
Id. —*Humano, demasiado humano.*
Id. —*Ecce-Homo.*
Nin Frías.—*Ensayos de crítica é historia.*
Id. —*Estudios religioso*
Id. —*El árbol.*
Id. —*La novela del Renacimiento.*
Id. —*Sordello Andrea.* (Novela de la vida interior.)
Noel.—*Pan y Toros.*
Id. —*Escenas y andanzas de la campaña antiflamenca.*
Nóvoa.—*La indigencia espiritual del sexo femenino.*
Octavio Picón.—*Drama de familia.*
Palomero.—*Su Majestad el hombre.*

Palacios (A.)—*Discursos parlamentarios.*
Id. —*Por las mujeres y los niños que trabajan.*
Palacios (Leopoldo).—*Las universidades populares.*
Palavicini (Félix F.)—*Problemas de educación.*
Pedrell.—*Musicalerías.*
Pérez Arroyo.—*Cuentos é historias.*
Pérez de Mendoza (M.)—*Misión social de la mujer.*
Petronio.—*El Satiricón.*
Pío Baroja.—*El tablado de Arlequín*
Poe.—*Eureka.* (Estudio del Universo material y espiritual.)
Id. —*Historias grotescas y serias.*
Porras Troconis.—*Proscenio bárbaro.*
Posada.—*Autores y libros.*
Id. —*Pedagogía.*
Prat.—*Crónicas demoledoras.*
Id. —*La Burguesía y el Proletariado.*
Praycourt.—*La moral del cura.*
Proudhon.—*¿Qué es la propiedad?*
Id. —*El Estado.—La dignidad personal.*
Id. —*La sanción moral.—La Justicia.—Catecismo político.*
Id. —*La educación.—El trabajo.*
Id. —*Pobres y ricos.*
Id. —*La moral de las ideas.*
Id. —*Amor y matrimonio.*
Id. —*La mujer* (Segunda parte de *Amor y matrimonio).*
Puig Campillo.—*Joaquín Costa y sus doctrinas pedagógicas.*
Quinet.—*El genio de las religiones.* 2 tomos.
Rafanelli (Leda).—*Un sueño de amor* (novela social).
Ramírez Angel.—*Después de la siega*
Reclús.—*Evolución y revolución.*
Id. —*La montaña.*
Id. —*El arroyo.*
Id. —*Nuestro planeta.*
Id. —*La vida en la tierra.*
Id. —*La atmósfera.*
Id. —*Nieves, ríos y lagos.*
Id. —*Las fuerzas subterráneas.*
Id. —*El Océano.*
Id. —*Mis exploraciones en América.*
Rizal.—*Noli me tángere. (El país de los frailes).*
Renán.—*Estudios religiosos.*
Id. —*El Anticristo.* 2 tomos.
Id. —*La Iglesia cristiana.*
Id. —*El porvenir de la Ciencia.* 2 tomos.
Id. —*Los evangelios y la segunda generación cristiana.* 2 t.
Id. —*Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo.* 2 t.
Id. —*Averroes y el Averroismo.* 2 tomos.
Robert (R.)—*Los cachivaches de antaño.*
Rochefort.—*La aurora boreal.*
Rodó (José Enrique).—*Ariel.*
Rholdis.—*La papisa Juana.*
Rodríguez Mendoza.—*Vida nueva...*
Rojas (Ricardo).—*El alma española.*
Ross Múgica.—*Más allá del Atlántico.*
Ruilópez.—*Elisa del Monte.*
Ruskin.—*Las piedras de Venecia.* 2 tomos.
Id. —*Las mañanas en Florencia*
Id. —*Las siete lámparas de la Arquitectura.*
Rydberg.—*Singoala.*
Sáenz Hayes.—*Las ideas actuales.*
Salinas Moreno (Francisco).—*De la vida andaluza* (cuentos).
Salinas (Germán).—*Los satíricos latinos.* 2 tomos.
Sánchez Lustrino.—*Pro-Psiquis.*
Schopenhauer.—*La libertad.*
Id. —*El amor, las mujeres y la muerte.*
Id. —*Fundamento de la moral.*
Id. —*Alrededor de la Filosofía.*
Serao (M.)—*¡Centinela... alerta!*
Sesto.—*El México de Porfirio Díaz.*
Sévérine.—*Páginas rojas.*
Id. —*En marcha...*
Seiza Reilly.—*Hombres y mujeres de Italia.*
Id. —*El alma de los perros*
Id. —*Cerebros de París.*
Sorel (G.)—*El porvenir de los Sindicatos Obreros.*
Id. —*La ruina del mundo antiguo.*
Id. —*Las ilusiones del Progreso.*
Sudermann.—*El camino de los gatos*
Id. —*El deseo.*
Id. —*Las bodas de Yolanda*
Id. —*El molino silencioso.*
Id. —*La mujer gris.*

Spencer.—*El individuo contra el Estado.*
Id. —*Origen de las profesiones*
Id. —*Creación y evolución.*
Id. —*Educación intelectual, moral y física.*
Id. —*Estudios políticos y sociales.*
Id. —*La religión: su pasado y su porvenir.*
Id. —*La Justicia.*
Id. —*Los primeros principios.* 2 tomos.
Id. —*El Progreso.*
Id. —*Las ceremonias de la vida*
Strauss.—*Estudios literarios y religiosos.*
Id. —*La antigua y la nueva fe.*
Taine.—*La pintura en Italia.*
Id. —*Viaje por Italia.* 3 tomos.
Id. —*Filosofía del Arte.* 2 tomos.
Id. —*Los filósofos del siglo XIX.*
Id. —*Los orígenes de la Francia contemporánea.* 2 tomos.
Talero.—*Ecos de ausencia.*
Tchekhov.—*Vanka.*
Teniente O. Bilse.—*Pequeña guarnición.*
Tiberghien (G.)—*Tesis.*
Tolstoi.—*La verdadera vida.*
Id. —*La guerra rusojaponesa.*
Id. —*La escuela de Yasnaïa-Poliana.*
Torres (Carlos A.)—*Idola Fori.*
Ugarte.—*Visiones de España.*
Id. —*El Arte y la Democracia.*
Id. —*Las nuevas tendencias literarias.*
Urales.—*Los hijos del amor.*
Urquijo.—*De mi cartera.*
Id. —*Películas.*
Vandervelde.—*El colectivismo.*
Vásquez Yepes.—*Desde Barcelona.*
Vasseur.—*Origen y desarrollo de las instituciones occidentales.*
Id. —*Cantos del Nuevo Mundo...* (Poesías.)
Voltaire.—*Diccionario filosófico.* 6 t.
Wágner.—*Novelas y pensamientos.*
Walt Whitman.—*Poemas.*
Zola.—*El mandato de la muerta.*
Id. —*Cómo se muere.*
Zoydes.—*Pobreza y descontento.*—**George**—*La condición del trabajo*
Zozaya.—*El huerto de Epicteto.*
Id. —*El libro del saber doliente.*
Id. —*Por los cauces serenos.*

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

MADINAVEITIA (H.)—*Oro sangriento. (Los toros).*
FERRO (AGUSTÍN G.)—*Notas de una madre.*
NIN FRÍAS (ALBERTO).—*Marcos, amador de la belleza.*
DONOSO (ARMANDO).—*Los nuevos.*
RENÁN (ERNESTO).—*Diálogos filosóficos.*
BERNSTEIN (EDUARDO).—*Socialismo evolucionista.*
NOEL (EUGENIO).—*El rey se divierte.*
RUSKIN (JOHN).—*La corona de olivo silvestre.*
MORAYTA (MIGUEL).—*De Historia.*
MIRABENT VILAPLANA (F.)—*Mi ventana florida.*
MEREJKOWSKY (DIMITRI DE).—*Pedro el Grande.* (Segunda parte de *Pedro y Alejo*).
RENÉE LAFONT.—*La voz del mar.*
DEL VALLE IBERLUCEA.—*Discursos parlamentarios.*
ALTAMIRA (RAFAEL).—*Cuestiones obreras.*
BERTHEROY (JEAN).—*Ximénez de Cisneros.*



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.. 229 | Precio de la obra.....

Estante... 1 | Precio de adquisición.....

Tabla..... 5 | Valoración actual.....

Número de tomos..

229.

E. BLASCO IBÁÑEZ

SANGRE Y ARENA